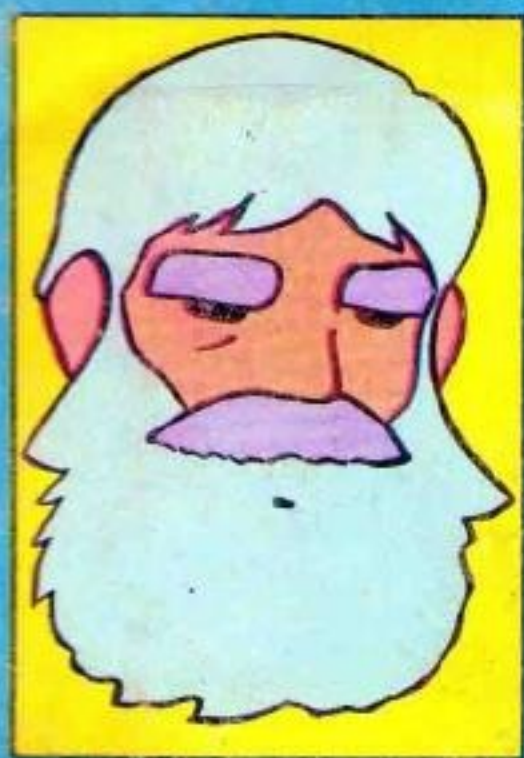




Heidi

OBJETO DE
VENTA PROHIBIDA

EXITO DE TELEVISION



AVENTURAS DE HEIDI

ARTECROM ha querido complacer a sus coleccionistas, trayendo el gran éxito de la televisión mundial.....a todo color, con las tiernas aventuras de la pequeña Heidi.....y la posibilidad de ganar una **LINDA CASA** para la familia.



1.—El invierno había sido muy crudo, aunque también muy bello, con su resplandeciente cortejo blanco envolviendo el gigantesco guardián de la región, el Falkniss, sus hermanas menores, las otras cumbres, y la pintoresca aldea de Dörfli.



2.—Pero los días se habían ido alargando perezosamente y todo hacía presagiar el fin del invierno. La gloria de la primavera estaba, especialmente, en la cabecita de Heidi, la niña que vivía en la solitaria casa del Viejo de los Alpes, en la montaña.



3.—Heidi imaginaba largos días de sol, correrías por las laderas verdes y hasta un columpio tendido desde el cielo por el que ella cruzaría los altos picachos, a través del riente valle, en un alborozado ir y venir, cada vez más lejos y fuerte...



4.—¡Ah, cómo amaba la niña todo aquello, y la casa del abuelo, que se le antojaba su gran palacio, y al abuelo, un hombre extraño, rudo y fuerte, escaso de palabras, que hasta la llegada de ella vivió sin otra compañía que dos cabras y un perro!

Edita y distribuye **ARTECROM**

© 1975 ZUIYO ENTERPRISES, CO. LTD.

por acuerdo con VIDEO MEDIA CORPORATION
y ROMAGOSA INT. MERCHANDISING.



5.—Brincaba de gozo el corazón de la pequeña y su mente forjaba las más locas fantasías. Podía encaramarse en una nube blanda y segura y viajar por el espacio gritando de placer y hasta escudriñar el ventisquero del Falkniss riendo de su furia.



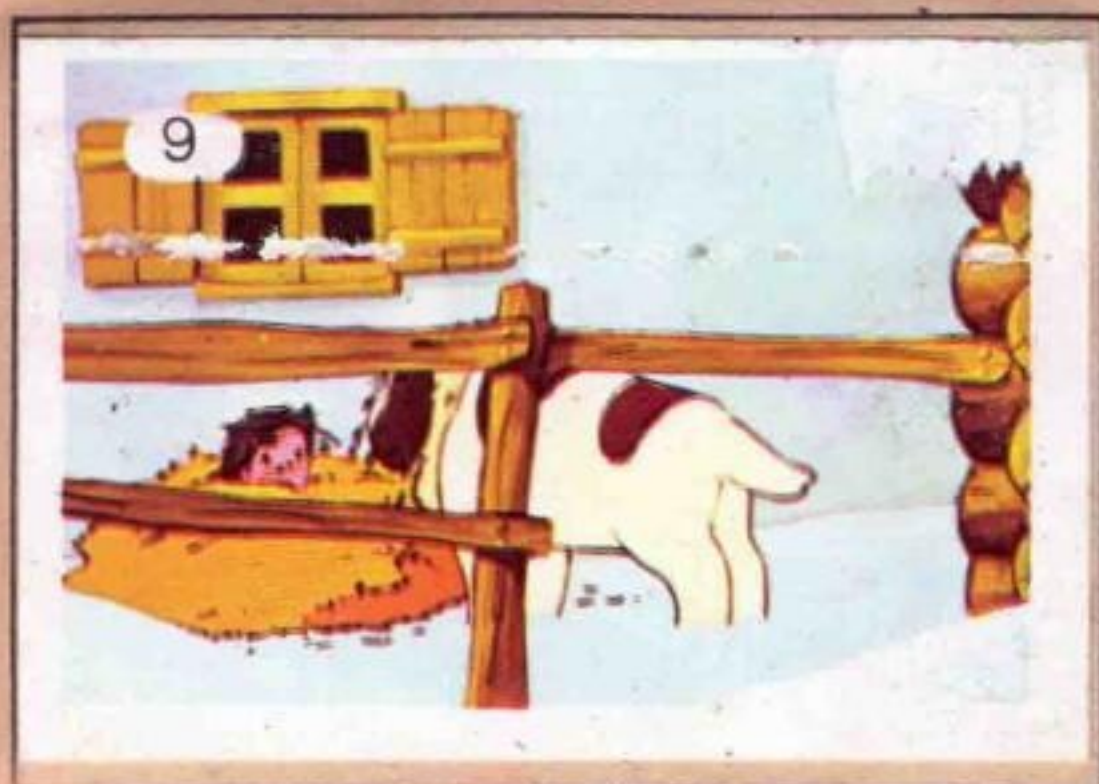
6.—Y bailar descalza sobre la hierba tibia con su pequeño gran amigo Pedro el cabrero, entre el armónico balar de los animalitos y una danza loca de flores luminosas como perfumadas estrías nacidas al influjo de la primavera.



7.—El frío era todavía muy intenso y Niebla, el perro, dormitaba perezosamente en el interior de la solitaria cabaña cubierta de nieve y adornada por el encaje caprichoso de los carámbanos. "¡Augh...!" ¡Qué bueno era estar allí calentito...!



8.—El gruñido de Niebla atrajo la atención de Diana y Blanquita, la cabra negra y la cabra blanca que echaron su campanita al vuelo. Y hasta una leve sonrisa floreció en el rostro grave del abuelo, que estaba apilando la paja del establo.



9.—Ladró más fuerte Niebla y preguntó el Viejo de los Alpes, con la horquilla en alto: "¿Qué es eso?" ¡Oh, una gran bola de heno había ido a parar a la cabeza del perro! El se la sacudió con un par de impetuosos movimientos. De entre la maraña del heno...



10.—...una cabecita morena surgió de pronto y unos ojos muy abiertos miraron en torno, como temerosos del estropicio. Ladró de nuevo el perro y volvió a su trabajo el abuelo, mientras Heidi se sacudía el heno. "¡Vamos, Niebla! —gritó alegre...



11.—...la pequeña—. Ven a ver el sol tan bonito que tenemos..." Los dos, riendo y alborotando, se lanzaron fuera, sobre la nieve y hasta el Viejo de los Alpes salió del establo. Siguiendo los movimientos de los retozones, sus ojos se iluminaron.



12.—La nieve parecía algodón suave y Heidi se hundió de pronto en ella. Pero no se asustó nada, pues la nieve y ella eran viejas amigas. Inmediatamente Niebla llegó hasta ella y empezó a lamerle la cara, impidiendo que saliera del frío hoyo.



13.—"¡Oh, Niebla, loco, gran tonto, estate quieto!" Obedeció el perro, atiesando las orejas y los dos se quedaron como escuchando, los ojos en las ramas de los árboles, brillantes de sol. "¿Oyes? —susurró la niña—. Los abetos están cantando..."



14.—Quizá Heidi estaba en lo cierto, pues las ramas oscilaron suavemente, sacudiendo su carga blanca y parte de ella fue a caer sobre la oreja levantada de Niebla que frunció cómicamente el hocico, haciendo estallar en risas a su compañera.



15.—El Viejo de los Alpes había vuelto al establo y ordeñaba las cabras con aire pensativo, quizá recordando otros tiempos, cuando vivía aquel mocetón fuerte y alegre que fue su único hijo. Más él y su esposa murieron muy jóvenes, dejándole a Heidi.



16.—Pero, ¿qué estaba sucediendo en la montaña? La niña, maravillada, descubrió que en la nieve se abrían senderillos y pequeños riachuelos jugaban a serpentear entre ellos. Entonces se arrodilló para ver los secretos escondidos bajo el manto blanco.



17.—Allí, junto al arroyuelo recién abierto, fresca, bellísima una flor había nacido. ¡Qué delicia! ¡Qué bonito era el mundo! ¡Y qué buena la tierra que regalaba cosas como aquélla! Heidi alargó su manita, pero no llegó a tocar la flor, invadida de un...



18.—...extraño respeto. Luego echó a correr hacia la cabaña pregonando su gran descubrimiento. "¡Oh, abuelito, ven corriendo! ¡Ven a ver lo que he encontrado, pero date mucha prisa, no vuelva a esconderse o escapar por el riachuelo!"



19.—El Viejo de los Alpes, que debía conocer muchas primaveras, parecía remolón. Entonces Heidi tiró de su mano fuerte que tan bien empuñaba el hacha y trabajaba la madera y, quieras que no, le obligó a ir con ella, sobre la nieve blanda.



20.—El Viejo parecía conmovido, como si por vez primera asistiera a la muerte del invierno. Al fin dijo: "Esta flor es la hija postrera de las nieves, la primavera. ¿La dejamos vivir donde ha nacido?". "Sí, sí, abuelo", contestó la pequeña.



21.—"Y ahora, vamos a desayunar", añadió el abuelo. Y mientras regresaban a la cabaña fue explicando que, a partir de entonces, muchas otras hermanas de la flor descubierta irían apareciendo y perfumarían gratamente la montaña.



22.—En el fuego alegre que danzaba en el hogar, el Viejo de los Alpes calentó la leche de sus cabritas y luego sacó un trozo de queso. Cuando lo puso ante Heidi, con una dorada hogaza, ella dijo, soñadora: "¿Por qué tenemos tantas cosas buenas, abuelo?"



23.—El perro, mientras tanto, había encontrado el mejor rayo de sol y el sitio más resguardado del viento y se dedicaba a dormir, cosa que le divertía mucho. De pronto se enderezó con sorpresa. ¿Quién llegaba? "¡Augh...!" ¡Era un amigo, Pedro!



24.—Escarbó la nieve con alegría y otra flor escondida salió de su prisión y se le montó en el hocico. En seguida se lanzó en carrerilla al encuentro del cabrero. El viento y el salto del perro pusieron la primavera en manos del chico.



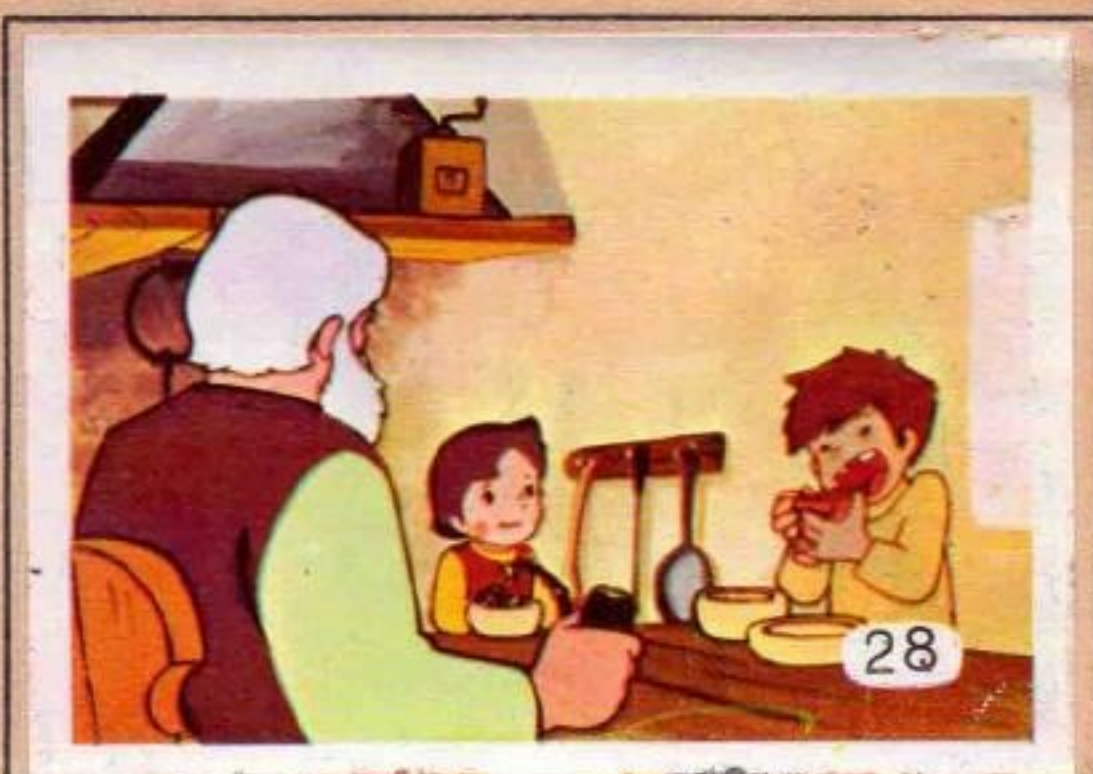
25.—"¡Heidi! ¡Heidi!", gritó el muchacho, antes de llegar a la cabaña. La niña salió alborozada, pero torció el gesto, viendo la tierna flor en la mano del chico. El nunca había visto tanto enojo retratado en su cara: ¿Qué le había hecho?



26.—"Eres un mal muchacho —le soltó Heidi—. ¿No sabes que a las flores no se las puede cortar porque les duele?" "Oh, pero... yo... —se defendió Pedro torpemente—. Venía por ahí... y entonces ha llegado Niebla... y no sé cómo..."



27.—La alta silueta del abuelo se recortó en la puerta de la cabaña. "¿Conque eres tú, Pedro? Anda, entra a desayunar, que tendrás apetito". El chico no se lo hizo repetir dos veces. Después de dar buena cuenta de lo que le pusieron delante dijo:



28.—"He venido en busca de Heidi para llevarla a pasear en trineo". En aquel instante un rugido largo, poderoso, llegó hasta ellos. El Viejo de los Alpes, muy atento, explicó: "Es el ruido de la nieve al fundirse después de unos días de calor".



29.—Poco después el bramido cesaba y los niños ocuparon el tosco trineo de madera. "¡Yaaa-hoo!", gritó Pedro al ponerlo en marcha. Heidi apremiaba: "¡Más rápido, Pedro, más...!" "¡Yaa-hooo!", gritó por segunda vez el muchacho, en gran piloto.



30.—Justo a tiempo le advirtió su compañera: "¡Cuidado! ¡Un conejo!" Suerte que Pedro tenía en los pies un buen freno y en el último instante esquivaron, además del animalito, un formidable abeto. El más asustado fue el conejo.



31.—"Detente ahora", pidió la niña. "¿Qué haces? —preguntó Pedro, viéndola saltar al suelo, ir hacia una flor crecida entre la nieve y cortarla a la carrera—. Antes te has enojado conmigo por eso mismo". "Es distinto —replicó Heidi—. Anda, vamos a casa..."



32.—...de Grannie". Ante una humilde cabaña el cabrerillo se detuvo. Entró después corriendo y dijo a la anciana que hilaba junto a la rueca: "Grannie, Heidi ha venido a verte". "Hola, hola, tía, saludó la niña alegremente, poniendo en la mano de la mujer..."



33.—...su primavera. "¡Qué bien huele! —exclamó la hilandera, llevándose la flor a la mejilla, pues sus ojos ciegos no podían verla—. ¡Oh, ahora sé que ha llegado la primavera!" Heidi sintió gran pena de que no pudiera admirar el sol entrando por...



34.—...la ventana como un reguero dorado. Después se despidieron y una vez fuera de la casa dijo: "Ahora guiaré yo el trineo". Pedro guardó silencio, pues no era cosa de demostrar miedo, pero tenerlo... ¡vaya si lo tenía!



35.—“¡Frena...! ¡Frena...!”, gritó de pronto el muchacho, muy cerca ya del abismo. “¡Es que no puedo!”, contestó Heidi angustiada. “¡Tuerce entonces a la derecha!”. Llevada de su pánico, la niña torció, pero a la izquierda.



36.—“¿Qué hacemos ahora?”, preguntó luego la pequeña conductora, volviéndose a medias para buscar la solución en la cara de su compañero. “Ya... nada...”, repuso él, recibiendo en los ojos la nieve pulverizada, pues estaban cayendo al abismo.



37.—Unos pajarillos salieron aleteando asustados de sus nidos, graznó un cuervo. Los chillidos de la niña se confundieron con los del chico. Pero ni una ni otro veían, pues habían aterrizado de cabeza y la nieve les entraba por boca, ojos...



38.—...y oídos. “Fog...gag...” Heidi fue la primera en ponerse cabeza arriba y en gritar alborozada: “¿Lo ves? No me ha salido tan mal, después de todo”. El muchacho no estaba para discutir en aquellos momentos, poco firme la cabeza.



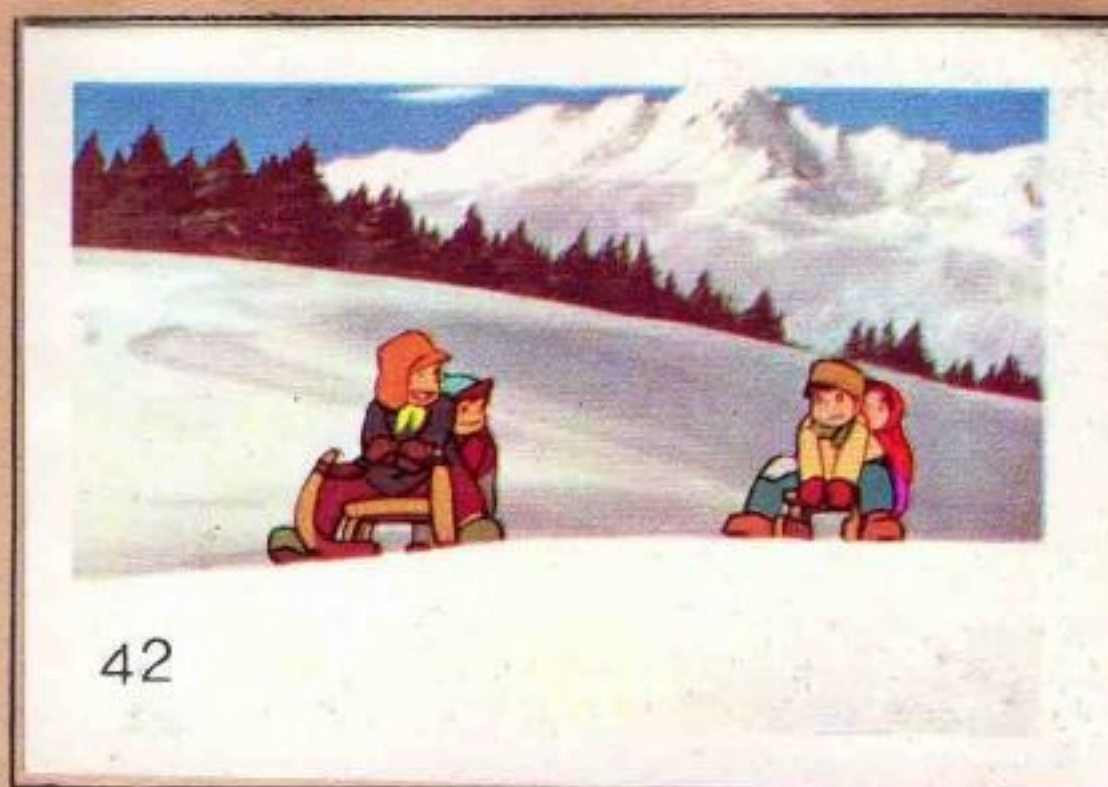
39.—En aquel preciso instante unas voces llegaron hasta ellos: “¡Yaa-hoo...!” Dos chicos grandullones se acercaban en un estupendo trineo. Eran los golfillos de Dörfli, que rieron malévolamente al ver a Pedro tan mal parado.



40.—Desmontó uno de los chicuelos, dispuesto a tomarla con Pedro. “¡Vaya tontorrón que estás hecho! Ni siquiera sabes guiar un trineo”. “¿Que no? —se engalló Pedro—. Te apuesto a que te gano una carrera”. “¿De veras? ¡Vamos a verlo!”



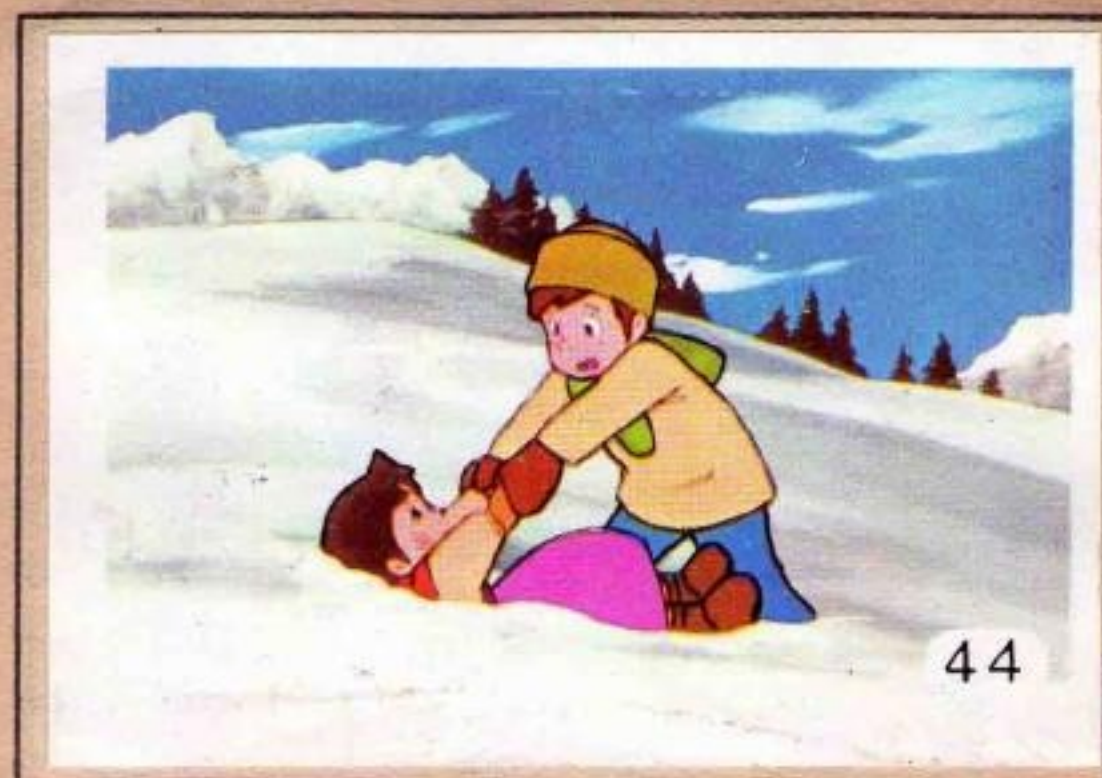
41.—El golfillo molestó todavía al pastor, gritando mientras montaba en su trineo: "Si juegas con una niña es que tú también eres una niña". Pedro, furioso, replicó: "Tendrás que pedirme disculpas por esto". "Te las pediremos si ganas la carrera".



42.—Los dos trineos se lanzaron audazmente por la pendiente. Heidi ya no podía sentirse más dichosa, aunque su compañero parecía preocupado. "¡Tienes que ganar, Pedro, tienes que ganar!", le decía a grito limpio, mientras acortaban distancia hacia...



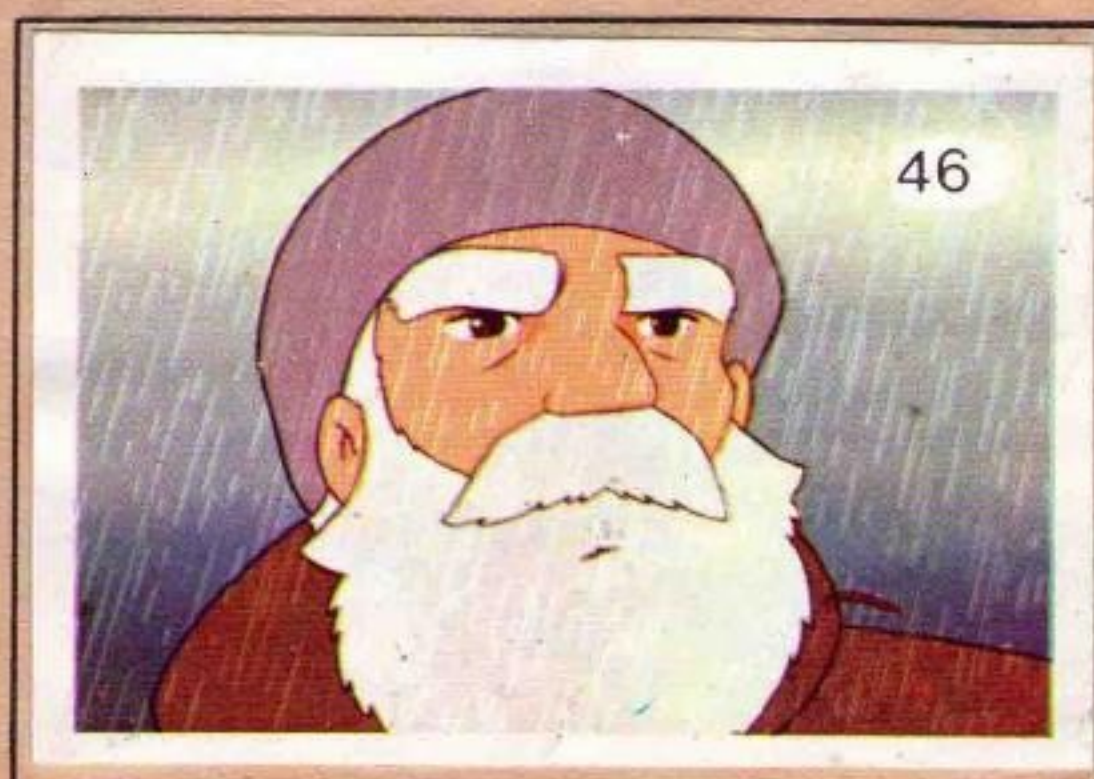
43.—...el pueblo. "¡Estamos ganando, Pedro, estamos ganando!", gritó la niña al comprobar que sacaban cierta distancia al otro trineo, luego de haber ido algún tiempo detrás. "¡Seguro!", exclamó su compañero. Pero entonces la niña...



44.—...inconscientemente, sacó un pie y, esta vez, sí frenó el tosco vehículo, haciéndole dar dos o tres vueltas sobre sí mismo. A causa del fuerte impulso los dos salieron despedidos y Pedro tuvo que trabajar no poco hasta sacar a su compañerita...



45.—...de su blanco lecho. "¿Estás bien, Heidi?", se aseguró el muchacho. "¡Claro que sí! No les hagamos más caso a esos tontos y vayamos a visitar a las cabritas". "Pero es tarde —repuso el muchacho— y el Viejo de los Alpes estará inquieto".



46.—En aquel momento las campanas de la iglesia de Dörfli empezaron a tañer y allá en su cabaña de la montaña el Viejo de los Alpes se sintió inquieto. "¡La campana anuncia un alud! ¡Debo ir en busca de Heidi!" Había oscurecido de pronto.



47.—El cielo terriblemente encapotado amenazaba lluvia, que no tardó en empezar a caer. “Corre más, Heidi —dijo Pedro a su compañera mientras atravesaban el solitario bosque—. Al Viejo de los Alpes no le gustará que lleguemos de noche”.



48.—De pronto una terrible conmoción sacudió el bosque. La montaña había dejado caer su capa de nieve, que en aquellos momentos se precipitaba al encuentro de los muchachos. La voz del abuelo llegó hasta ellos como una bendición.



49.—“¡Heidi...! ¡Pedro...!” En el instante en que el alud iba a alcanzar a los niños, el Viejo de los Alpes, con sus poderosas zancadas, se presentó ante ellos. Tomó a uno en cada brazo y saltó de costado, justo a tiempo de dejar pasar a su lado...



50.—...la mortal avalancha. ¡Se habían salvado! En los días sucesivos, bajo los abetos que daban guardia a la cabaña, Heidi y el abuelo, Niebla, Diana y Blanquita, pudieron regocijarse viendo a la hierba absorber impetuosamente la nieve fundida.



51.—El verano había llegado a la montaña con sus días largos y dorados y la melodía inacabable de los mil pájaros que por allí anidaban. Aquella mañana, como de costumbre, Heidi salió en compañía de Pedro, que llevaba a apacentar sus cabras.



52.—En realidad el rebaño no pertenecía al muchacho, sino a diversos vecinos de la aldea de Dörfli, pero aquella ocupación le reportaba unas preciosas monedas con las cuales sostenía a las mujeres de la familia. El era el hombre de la casa.



53.—La niña tomaba la ascensión con prisa, como si fuera a faltarle tiempo para disfrutar de todas las maravillas del día cálido y radiante, y de continuo apremiaba a su compañero: “¡Vamos, Pedro, pareces un caracol, por lo que te cuesta moverte...!”



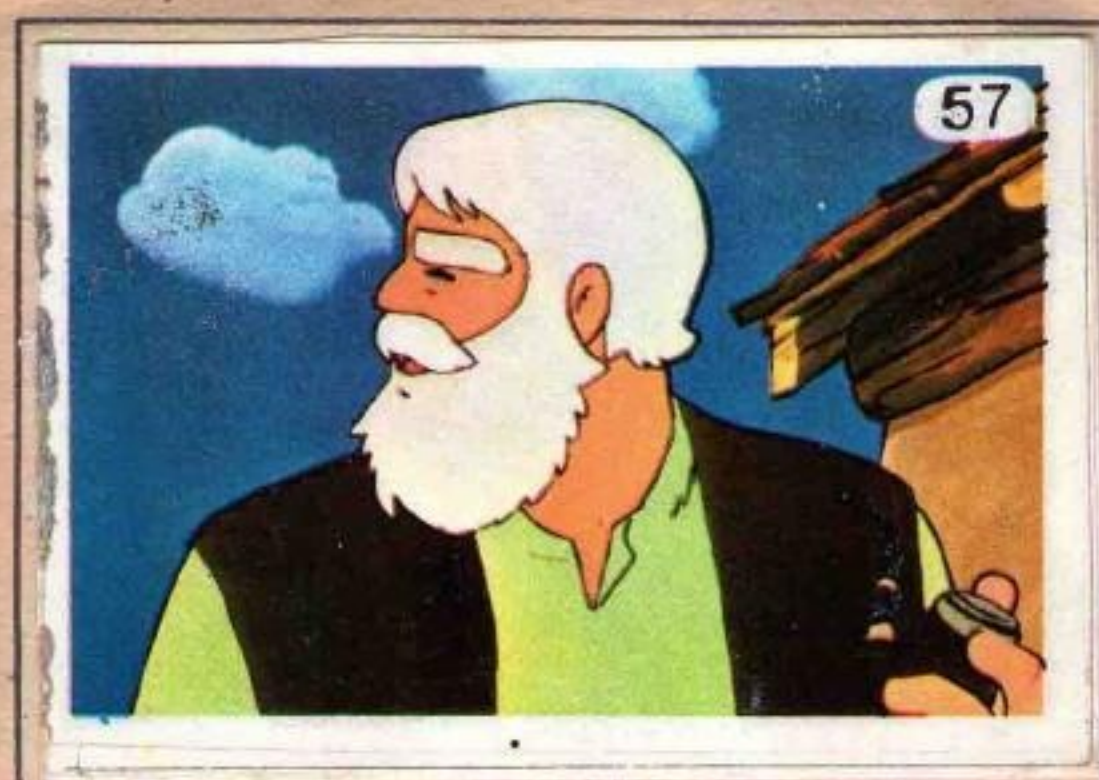
54.—“¿Conque caracol, eh? ¡Ahora verás! ¡Pues no tengo buenas piernas ni nada!”, se defendió el chico, lanzándose ladera arriba mientras silbaba alegremente. Siempre estaba contento, tanto como si fuera el rey de Dörfli, y no veía qué más podía desear.



55.—Todas las cabritas eran lindas, y todas balaban de modo encantador, pero Heidi prefería a Copo de Nieve, una pequeña muy blanca que por aquellos días estaba triste. Pedro le explicó la razón: se habían llevado a su mamá, a la que compró un comerciante.



56.—Heidi, con sus mimos y juegos, estaba consiguiendo devolver la alegría a su favorita y ni Diana ni Blanquita, las cabras del abuelo, parecían sentir celos cuando triscaban junto al rebaño de Pedro, el cabrerillo.



57.—El Viejo de los Alpes, erguido como un abeto, había estado contemplando a los niños y el hato hasta que se hundieron tras un pliegue del terreno. Entonces, con su mirada profunda perdida a lo lejos, dijo: “Sí, ella parece amar todo esto...”



58.—El perro, que estaba cerca, gruñó apenas. “¿No estás conforme, Niebla?” Volvió a gruñir el perro, más distraído que atento y dejó escapar su risa bronca el Viejo. “¡Buen perezoso estás hecho!” Y sí que era feliz Niebla allí quieto.



59.—Con risas y gritos llegaron los niños a la zona mejor de pasturaje, donde la hierba era más olorosa y tierna. Podían descansar a gusto después del duro repecho. Heidi, tumbada cuan larga era, dijo: "Estoy viendo pasar nubes como cabritas".



60.—"Mira —añadió luego, señalando muy alto—, aquélla es como Copo de Nieve y la otra como Diana y..." "¡Quita! —la interrumpió con viveza el chico—. Esa nube, por gorda, más se parece a Niebla". A los dos les dio por reír, divertidos con la idea.



61.—Muy pronto las nubes empezaron como a volar y encojerse. Era que el aire se había puesto a soplar fuerte. "¡Cáscaras!", exclamó Pedro furioso, cuando una ráfaga le llevó el sombrero. "¡Mira, el viento lo arrojará al abismo!", gritó su compañera.



62.—Y se levantó de un brinco, luchando con el vendaval que acampanaba su falda y se empeñaba en tirarla. "¡No sigas, Heidi!", gritó el aterrado pastorcillo. Justo al borde del abismo la niña atrapó el sombrero y se detuvo.



63.—"¿Sabes tú qué pasa, Pedro? Parece que el sol se ha escondido y el día sea noche". El muchacho, que conocía la montaña y algo de los furores del tiempo, rezongó para sí con disgusto. "¡Canastos, qué mala jugada! Va a haber tormenta".



64.—"¡Vamos, Heidi, rápido, debemos volver a casa!". "¡Pero si no hemos almorzado!", exclamó ella sorprendida. "No importa", dijo Pedro, sombrío. Luego recogió su zurrón y silbó fuerte con los dedos en la boca, llamando a las cabras por encima del viento.



65.—Un terrible estruendo se escuchó cerca. Preguntó la niña, con los ojos muy abiertos: “¿Es eso la tormenta?” “Sí, y el trueno”, replicó su compañero. En aquel preciso instante un zigzag rojizo envolvió en fuego la montaña y abatió un abeto.



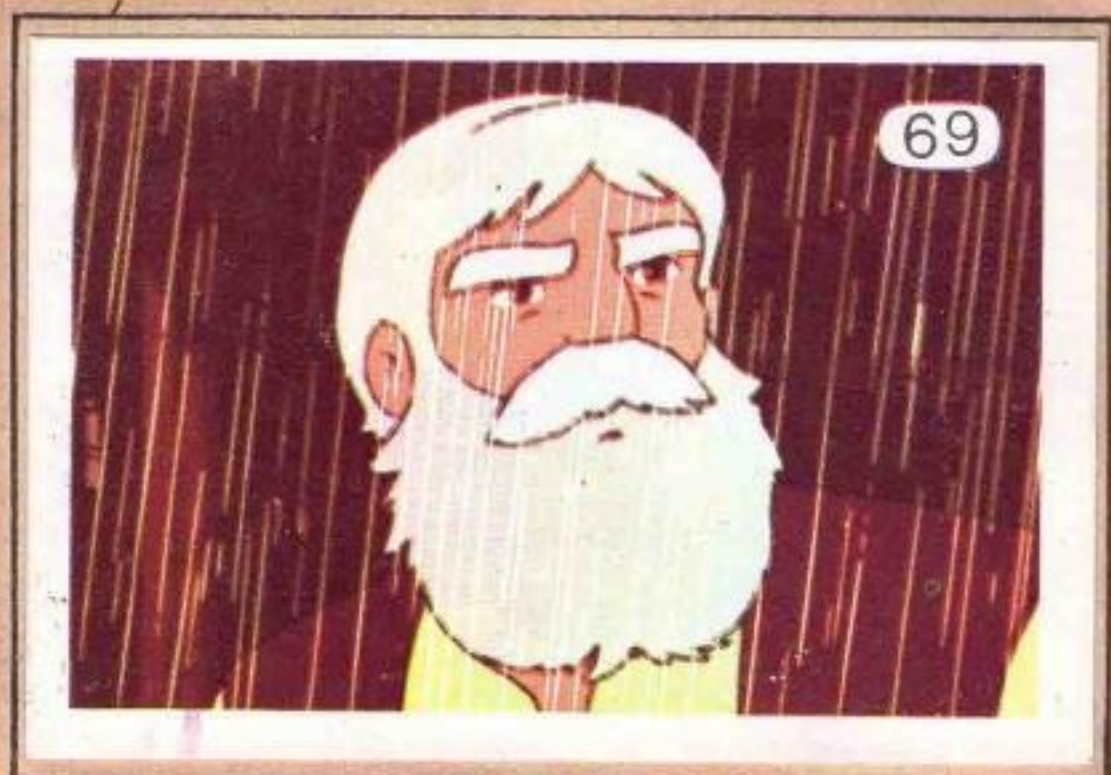
66.—Asustada la pequeña como nunca en su vida, escondió la cabeza entre las manos temblorosas, pero sin dejar de correr colina abajo, como corrían las cabras obedeciendo los mandatos del pastorcillo. Saltando de risco en risco como si tuvieran alas.



67.—...llegaron a una especie de refugio bajo una bóveda rocosa. “¿No tendrás miedo, eh, Heidi? En esta caverna estamos seguros”. La niña negó con el gesto, aunque temblaba de pies a cabeza, aterrada por el persistente fragor de la tormenta.



68.—Suerte que Pedro, como hombre de la casa, supo ocultar sus temores y hacerse el valiente y hasta abrigar a la niña entre sus brazos cuando ella estornudó con ruido. Las cabritas sumisas y mojadas, trataban de darse calor unas a otras.



69.—Allá en la puerta de la cabaña, el Viejo de los Alpes farfulló descontento: “¡Vaya diluvio! Y la niña en la montaña... En fin, Pedro velará por ella”. Entonces, sacudiéndose con estrépito llegó Niebla. A él el agua no le gustaba ni un poco.



70.—Para no oír los rayos, los truenos, la lluvia y el viento, Heidi se apretaba los oídos. Copo de Nieve, que no era valiente, le acarició con el morro para darle confianza. Pedro, tan responsable, contaba las ovejas, aumentadas con una marmota y un conejo.



71.—La experiencia era nueva para Heidi. Por primera vez en su vida se dio cuenta de lo terrible que podía ser la naturaleza y de las mil amenazas que encerraban las altas montañas. Si no hubiera tenido a Pedro...



72.—La fuerza de la lluvia empezó a decrecer poco a poco; cesó por último dejando tras sí el continuo goteo de las rocas y las ramas y charcos entre la hierba. "Mira, Heidi, mira el rayo de sol, que quiere escaparse del cielo", dijo el muchacho, contento.



73.—"¿Ya no volverá el rayo?", se aseguró ella. "No; las tormentas de verano son violentas, pero pasan pronto". Heidi se atrevió a aventurarse fuera del refugio, pero pronto se detenía con los brazos abiertos, exclamando admirada:



74.—"¡Oh, Pedro, mira este pajarito... el pobre está mojado y muertecito de espanto!". El muchacho miró con curiosidad aquella suave cosita en las manos de la niña y dijo que debía haber ido a parar allí a causa de la tormenta.



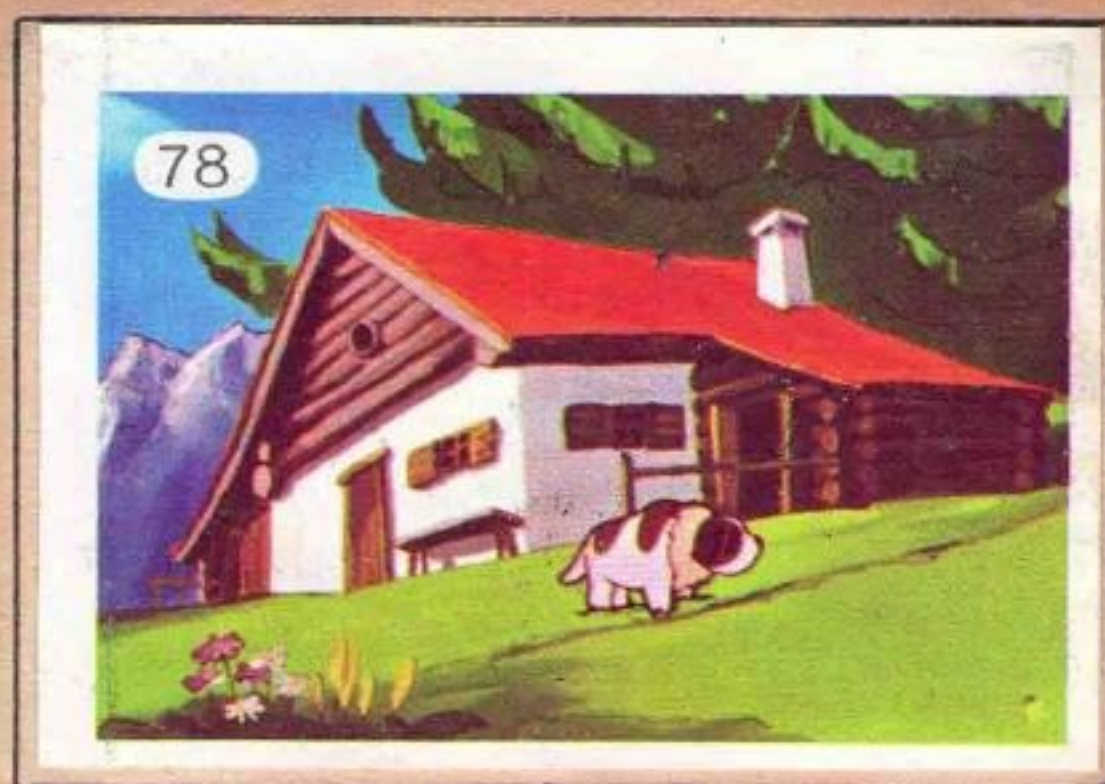
75.—"Podrías dejarlo sobre una rama", dijo por último el chico. Heidi levantó los ojos hacia el árbol y luego, enojada, los puso en su compañero. "¡Ni lo pienses! Necesita muchos cuidados". El apuntó: "Parece sabroso". Heidi se enfadó más todavía.



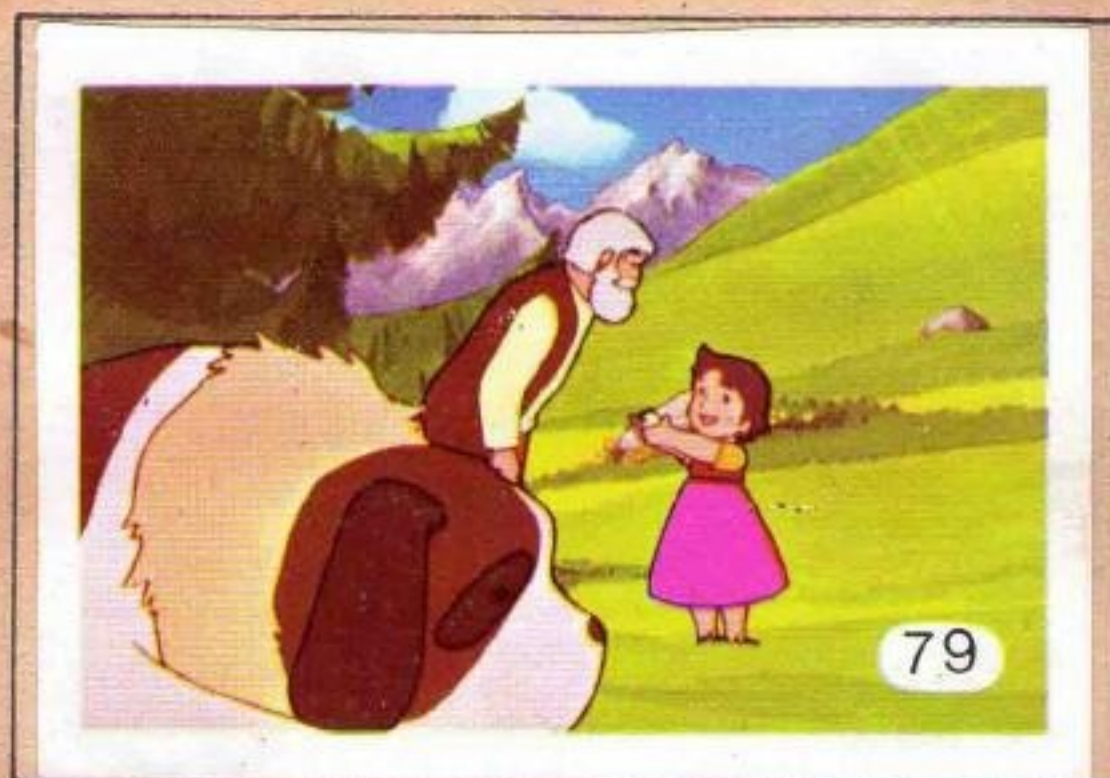
76.—"¡Cáscaras! ¿Puede saberse qué te he hecho?", protestó el pastorcillo. "Me vuelvo a casa, ea", terqueó la niña. "¡Pero ha cesado de llover y las cabras no han pastado todavía!", alegó Pedro. "Es igual. Tengo que buscar alimento para mi amiguito".



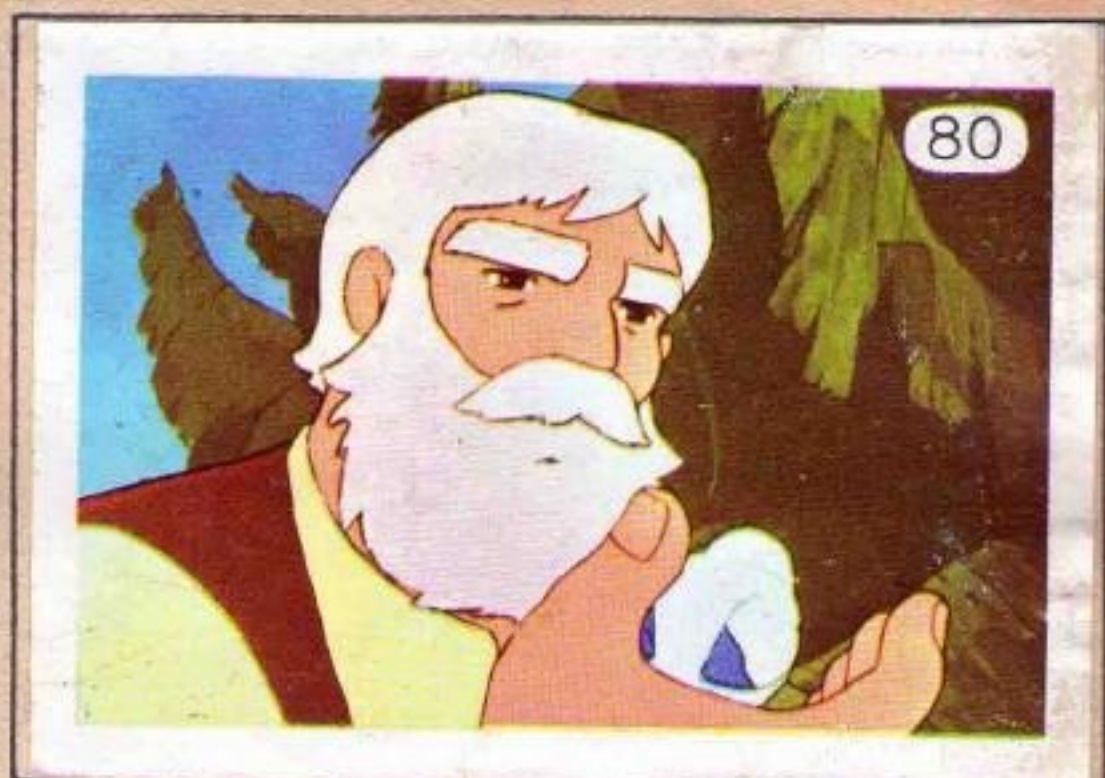
77.—“Es un bicho muy enclenque —desdeñó el muchacho—. Estoy seguro de que no crece”. “¡Y yo digo que crecerá!”, porfió Heidi, enfadada por instantes. Copo de Nieve quiso seguir a la pequeña y Pedro tuvo que cargar con ella. “¡Esto me pasa por ir con niñas!”...



78.—...rezongó para sí el chico. Mientras tanto, el Viejo de los Alpes, inquieto, cruzó el prado, seguido por el perro. En seguida vio una cosita menuda corriendo hacia allí y reconoció a la pequeña. “¡Heidi! ¿Te ha asustado la lluvia? ¿Y los truenos?”



79.—“¡Mira, abuelo, mira lo que he encontrado!”, replicó ella, sin atender a las preguntas y alargando sus dos manos. “Chi, chi, chi”, se hizo oír al pajarito. Y hasta Niebla, con los ojos muy abiertos, llegó a la carrera y metió su hocico en aquello.



80.—El abuelo, mirando la avecilla que la niña depositó en su mano, inquirió pensativo: “¿Vas a encerrarlo en una jaula?” “¡Oh, no! Le daré una cómoda casita y ricos alimentos”. ¿Qué pensaba el Viejo de los Alpes en aquellos momentos, para dulcificarse así su mirada?



81.—“Abuelito —dijo Heidi, abriendo la alacena y tomando una pequeña escudilla—. ¿Puedo utilizar esto para casita de mi amigo?” “Hazlo —replicó él—. Tu pollito verderón estará cómodo, si la rellenas con heno”. Heidi le contó cómo lo había encontrado en un charco.



82.—“¡Guau, guau...!”, empezó a alborotar Niebla, poniendo las patas en la mesa y delante del hocico para enterarse de cómo era el pollito. “¡Aparta, Niebla! ¡Y no pienses en comerte a mi amiguito!” En seguida el perro se fue con su malhumor a un rincón.



83.—“¿Crees que crecerá, abuelo?”, preguntó Heidi. “No estoy muy seguro; parece tan débil...”. “Crecerá si come”, aseguró con decisión la pequeña, pero su amigo no parecía tentado por lo que le ofrecía. “Tendrás que buscarle insectos”, dijo el Viejo de los Alpes.



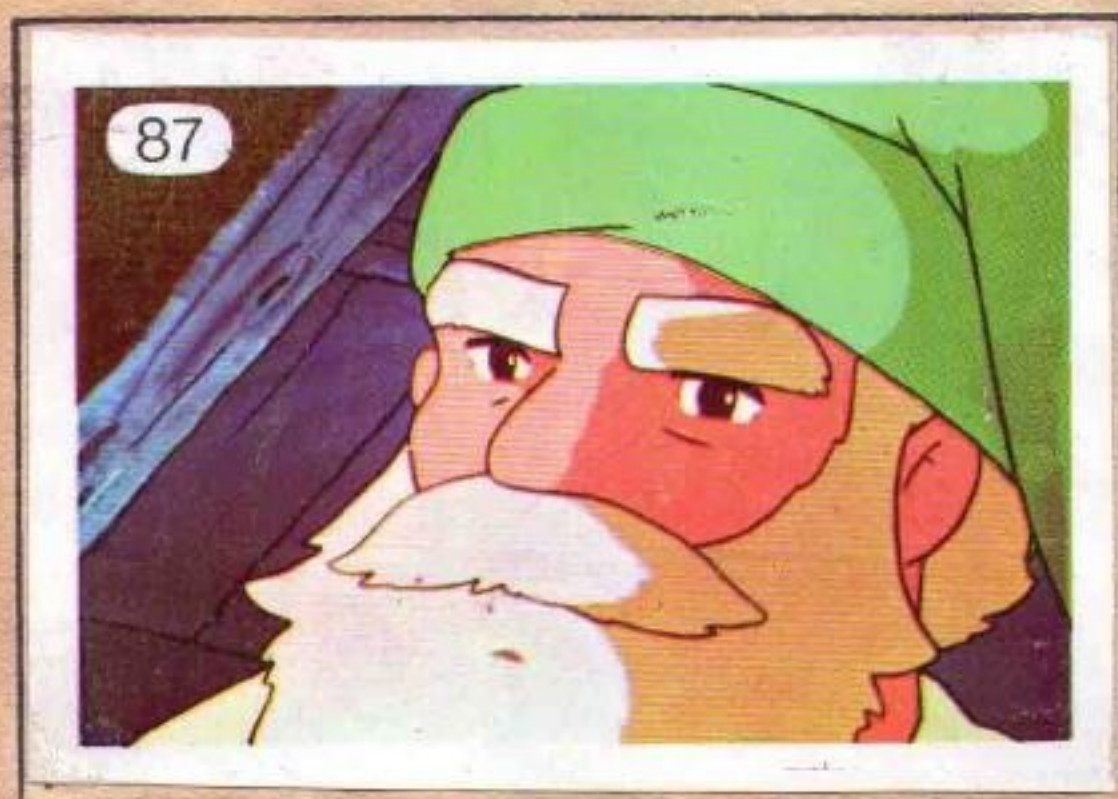
84.—Loca de entusiasmo, la niña fue en busca de un insecto. Lo encontró pronto y se lo ofreció al pajarito finamente, con un tenedor. La avecilla lo engulló con glotonería. Entonces se oyeron campanillas y Heidi salió con su amigo al encuentro del pastor.



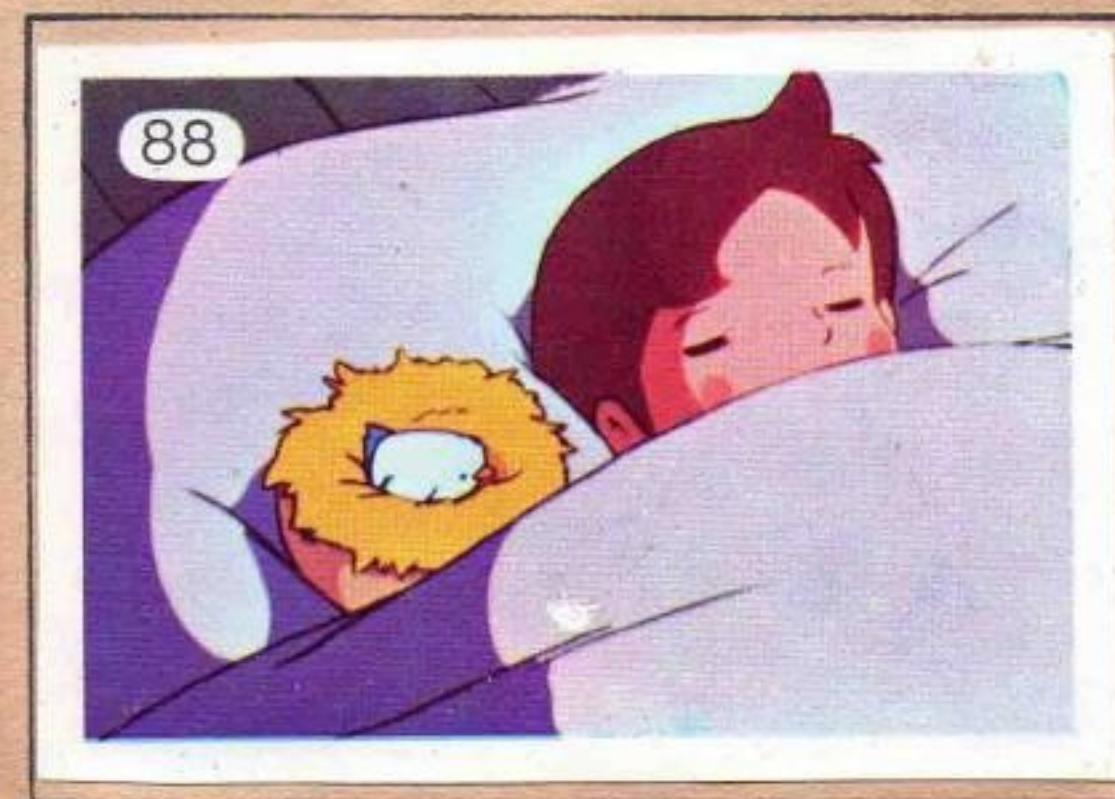
85.—“¡Mira, Pedro, mira! Tú dijiste que el pajarito no crecería, pero demuestra estar muy contento”. El bichito empezó a piar a lo loco, quizá para no dejar mal a la niña. Y el pastor, que estaba enfadado, replicó desdeñoso: “¡Baah! Si alborota tanto...”



86.—“...mañana estará muerto”. “¡Eso no es cierto! —porfió la pequeña, a punto de llorar—. ¡Eres un embustero!” Entonces el abuelo, para terminar la pelea, dijo al muchacho: “Anda, hijo, vuelve a tu casa, que es tarde”. El chico obedeció de mal aire.



87.—Aquella noche, despacito, tratando de evitar los crujidos de la escalera, el solitario Viejo de los Alpes subió al desván para contemplar el sueño de la pequeña. Fuera y dentro estaba muy oscuro. Pero como si allá arriba alguien escudriñase...



88.—...en la montaña, una estrella fugaz llegó con su luz y, a través del ventanuco, iluminó el rostro dormido de la niña y la escudilla con el pajarito. Un soplo cálido conmovió el corazón del Viejo de los Alpes, que elevó sus ojos al cielo, con muda gratitud.



89.—Por la mañana, cuando el sol brillaba en el tejado de la cabaña y la chimenea dejaba escapar su alegre columna de humo, una Heidi radiante apareció en la cocina. "¡Abuelo, abuelo, el pajarito no se ha muerto! Y parece alegre y menos débil...", dijo.



90.—Y en seguida se lanzó a la pradera armada con una bolsa que pensaba llenar con gusanitos. Un chorro de luz la saludó alegremente. Pronto se puso a escarbar y entonces oyó campanitas y silbidos. Heidi levantó la cabeza y anunció: "¡El vive y no ha muerto!"



91.—"¡Ah, sí! —contestó el muchacho, fingiendo desdén—. ¡Bueno!" "Mira, estoy buscando insectos para él", añadió Heidi. Pedro, mirando a otro lado, dijo: "Si vienes te enseñaré un nuevo camino". "Imposible; no puedo dejar solo a Pichí".



92.—"¿Pichí? ¡Vaya nombre!", masculló el chico. "A mí me parece muy bonito", discutió la pequeña. El Viejo de los Alpes, que cerca de allí segaba la hierba, se abstuvo de intervenir. Por fin, Pedro, sin poder ocultar su enorme disgusto, se fue prado arriba.



93.—Sin pensar en el incidente, Heidi empezó a dar de comer al ávido Pichí. "¡Para que luego digan que no vas a crecer nada!", masculló para sí. Lo malo era que Niebla andaba mero-deando y no tenía confianza. Como necesitaba cazar insectos...



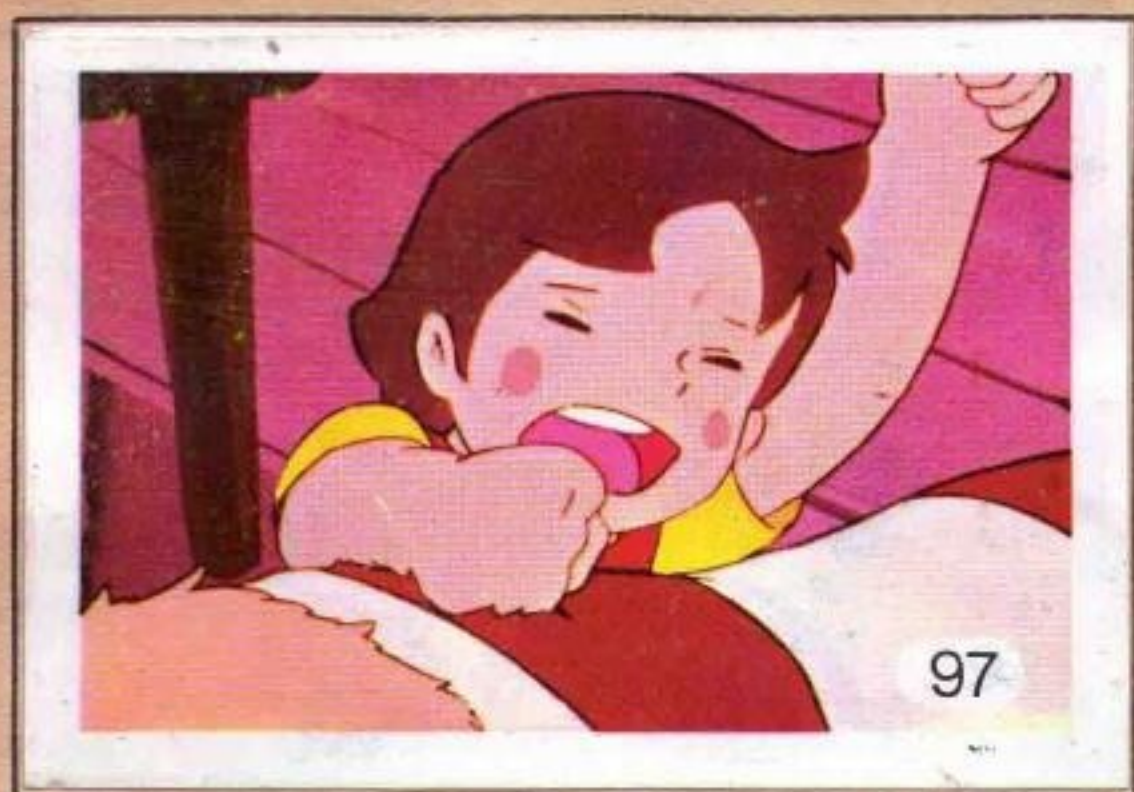
94.—...tapó la escudilla del pájaro con un viejo sombrero y, ya tranquila, se marchó. Pero Pichí ya no estaba debilucho como la víspera y empezó a aletear, con lo cual, sombrero y cuenco cayeron de la mesa y fueron a parar al suelo.



95.—Posado en una rama, Heidi descubrió un caracol muy gordo. “¡Oh, qué banquete para Pichí!”, se dijo. Mas en aquel preciso instante oyó a Niebla ladrar triunfalmente. La acometió un escalofrío, imaginando... Como una loca corrió a la cabaña.



96.—Abrió la puerta de golpe, gritó, pero... no llegó a tiempo. Niebla, más tunante, en aquel preciso momento, se zambulló a Pichí con todas sus plumas. “¡No, Niebla, no!”, gritó la chiquilla, quizá demasiado tarde.



97.—“¡Eres muy malo y ya no te quiero! ¡Jamás te perdonaré lo que has hecho!”, gritaba Heidi, fuera de sí. Y en seguida, con los puños cerrados, empezó a pegarle al perro, sacudida por la pena que la hacía sollozar con desconsuelo.



98.—Niebla aguantó los golpes en silencio. De pronto abrió la boca y, ¿qué descubrió Heidi? A su querido Pichí, bien retrepado en la mullida lengua del perro. Entonces, llorando de contento, ella se abrazó a su cuello y le dio un beso fuertote.



99.—“Mi querido Pichí...”, susurró la niña. Luego volvió de nuevo su atención a Niebla y le dijo todo lo listo y bueno que le parecía, a pesar de su mal genio. “Tú eres de la familia y también Pichí, ¿verdad que no te importa?” Por toda respuesta...



100.—...el perro le lamió la cara. Aquel atardecer, cuando Pedro bajó de los pastos, una Heidi radiante le salió al encuentro. Tenía tantas cosas bonitas que contarle... “¿Me llevarás mañana contigo?”, preguntó por último. Pedro asintió contento.



101.—Bajo la niebla de la mañana, la linda aldea de Dörfli se despertaba perezosamente. Con los primeros rayos de sol, Pedro saltaba de la cama y acudía a la plaza, presidida por la iglesia y la fuente, donde recogía las ovejas que llevaba a los pastos.



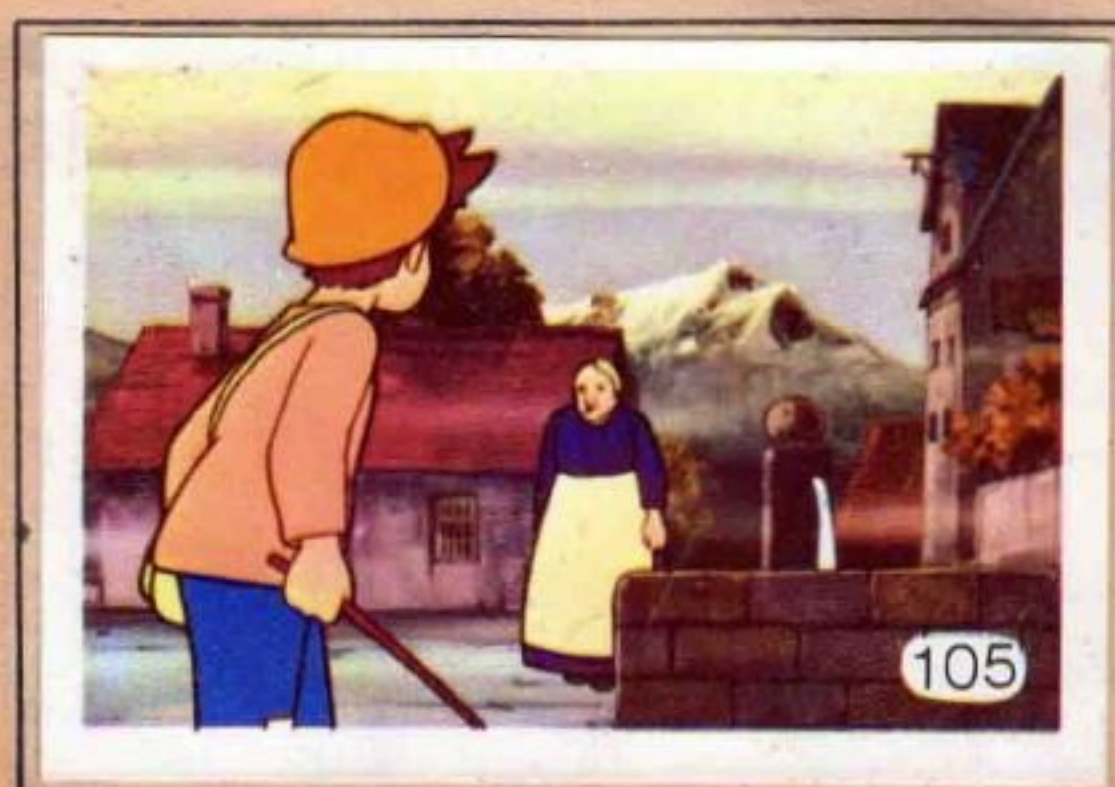
102.—El silbido poderoso del muchacho se oía en todas las casas de la aldea. La señora Straal, al escucharlo, fue en busca de una ovejita menuda y muy blanca, tanto que la había dado el nombre de Copo de Nieve.



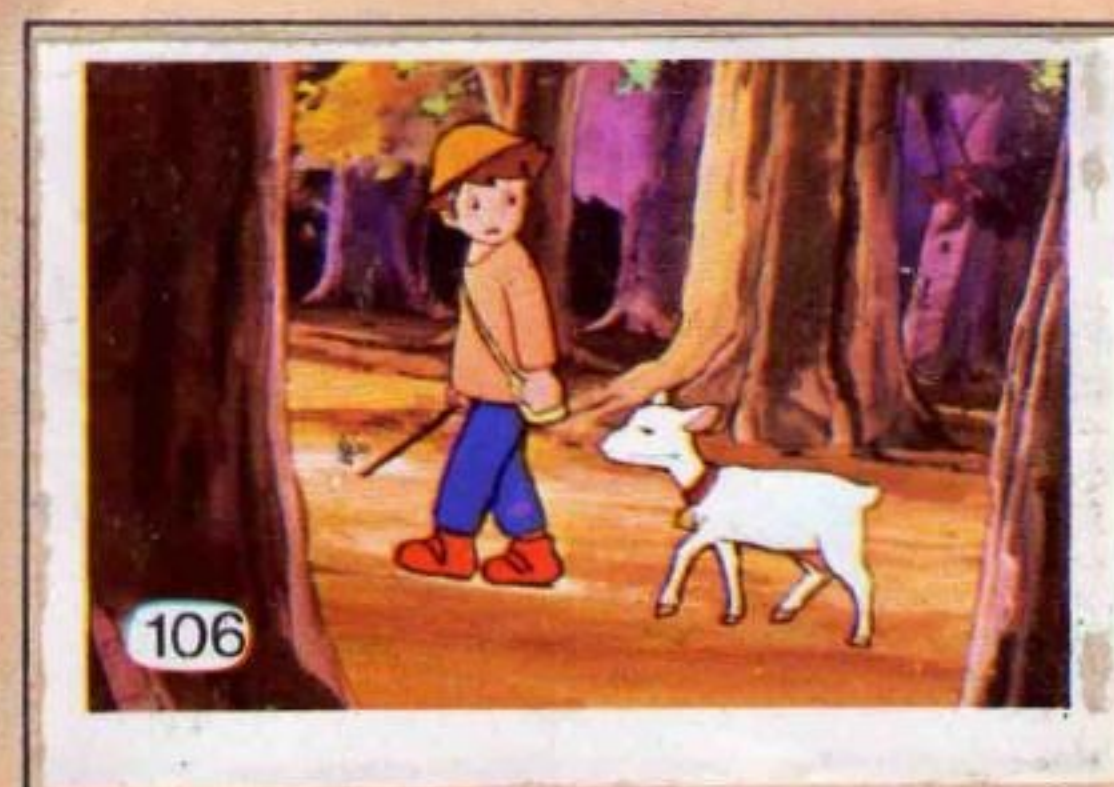
103.—"Madre —dijo desde la casa la voz de un hombre cuando ella iba a salir con el animalito en dirección a la plaza—, espera". "¿Qué es?", preguntó ella. "Se trata de Copo de Nieve; nunca será gran cosa y es hora de que acabemos con ella".



104.—La mujer protestó en un principio, alegando que Copo de Nieve estaba empezando a dar leche. Su hijo se mantuvo firme: por aquel día podía ir con el cabrerito a la montaña, pero en adelante no sería necesario. Pedro, que aguardaba a Copo de Nieve, dijo:



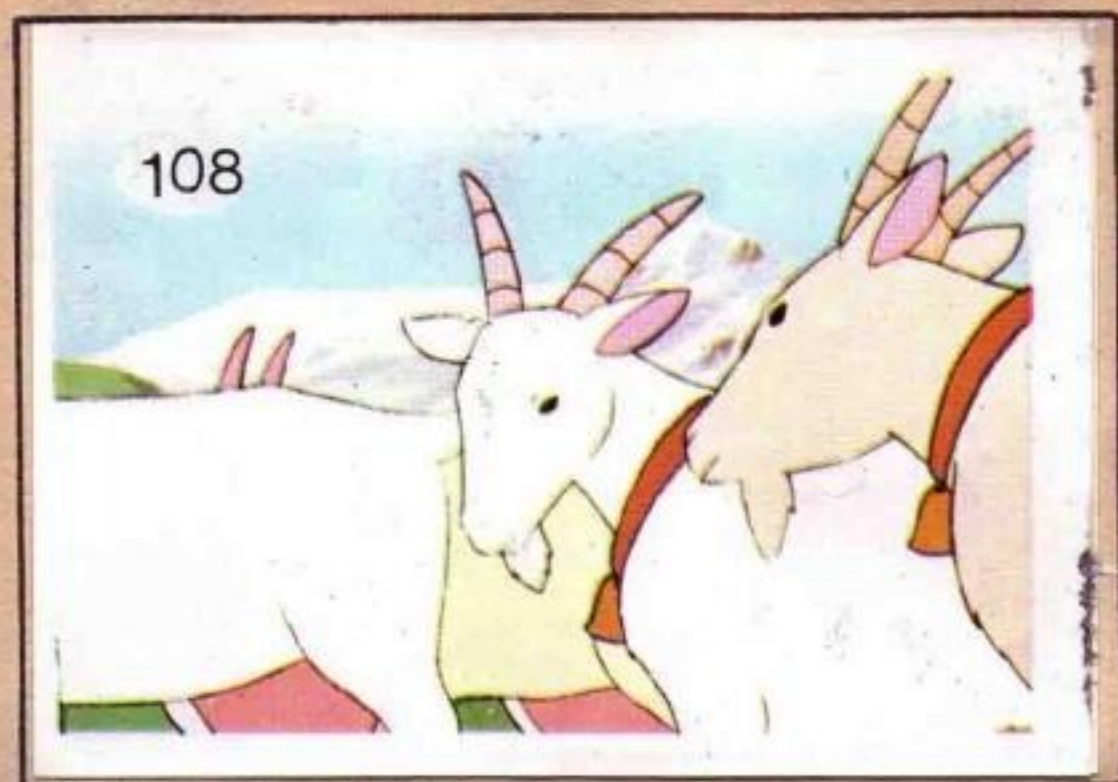
105.—"Se ha retrasado un poco, señora Straal, pero no importa". La mujer, un tanto confusa, anunció al muchacho: "Verás, hijo; desde mañana Copo de Nieve ya no irá contigo al pasturaje". "¡Oh! ¿Es que no la cuido bien?" "Sí, sí", dijo ella.



106.—Y a continuación le hizo saber lo que tenía proyectado para la ovejita. El pastorcillo, que se encariñaba en seguida con sus protegidas, estaba de lo más triste al emprender aquella mañana la ascensión de la montaña. ¡Si hubiera podido hacer algo...



107.—...por Copo de Nieve! Junto a la ventana de la cabaña, como todos los días, Heidi aguardaba la llegada de su amigo precedida siempre de un alegre concierto de balidos: "¡Beee... beee...!" "¡Ya están ahí!" exclamó la niña, saltando al suelo.



108.—Y mientras el rebaño ponía vida y alegría en la montaña, con sus balidos y sus campanillas, Heidi preparó la mochila con todas las cosas que le alargaba el abuelo. El corazón le brincaba de gozo ante la perspectiva de un día maravilloso.



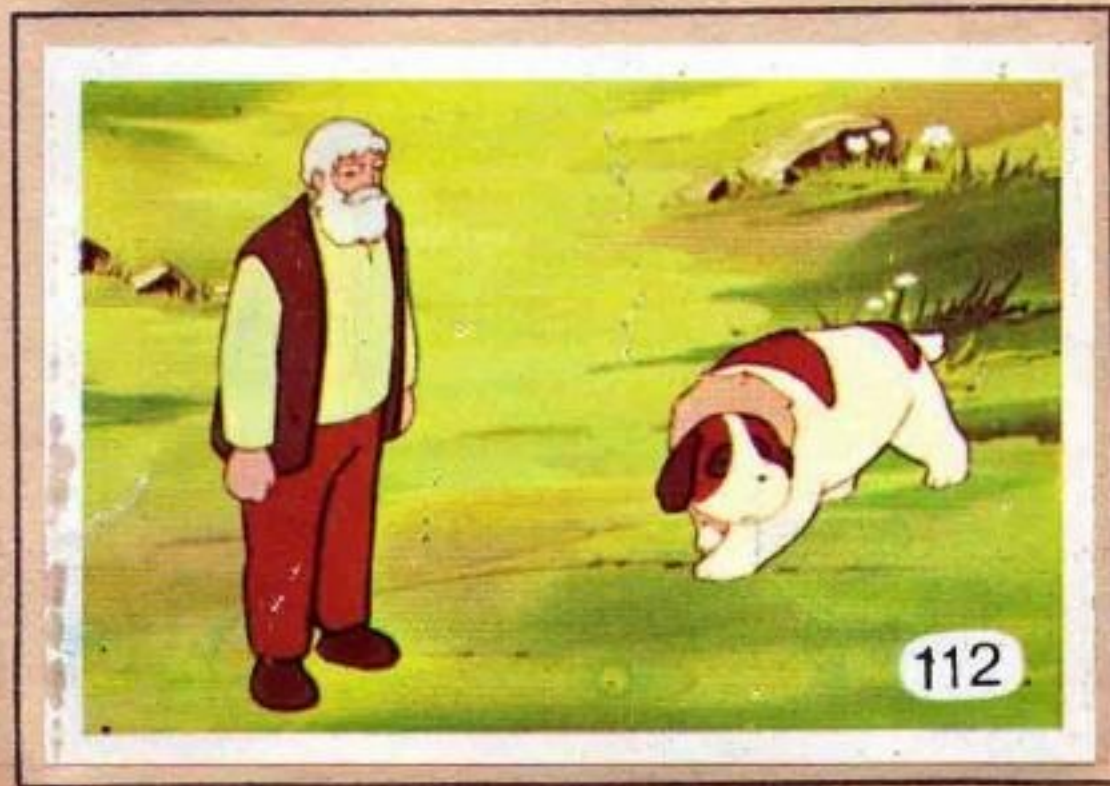
109.—"Hola, hola", dijo Pedro al verla. Entonces Copo de Nieve, que sentía una especial predilección por Heidi, le saltó encima y no llegó a enterarse del gesto contristado de su amigo. "Cada día estás más inquieta y revoltosa, Copo de Nieve", le dijo ella.



110.—Durante un rato las dos se revolcaron por la hierba, felices de su mutua compañía. Chillaba y reía la niña; la campanilla al vuelo de la oveja ponía su tañido alegre en la montaña, bajo el sol tibio de aquel día de otoño.



111.—"¿Podemos ir hasta el gigante puntiagudo, abuelo?", preguntó Heidi, señalando hacia una mole triangular que ella bautizó así. "Está lleno de buena hierba", añadió Pedro. El Viejo de los Alpes replicó: "Está bien, pero andad con cuidado. Estamos en..."



112.—... la estación de los vientos". Luego el Viejo llamó al perro y le ordenó: "Anda Niebla, ve con ellos y pórtate bien". El animal ladró alegremente, menos hosco que de ordinario, como si presintiera que la pequeña iba a necesitar a sus amigos.



113.—No se habían distanciado mucho cuando Heidi echó de ver la extraña cara de Pedro y las escasas palabras que había pronunciado. “¿Estás enfadado conmigo?”, preguntó. “No, es por Copo de Nieve; van a matarla mañana”. Heidi rompió a llorar con desconsuelo.



114.—Después insultó al muchacho, que consentía aquello. “¡Pero Copo de Nieve no me pertenece! —protestó él—. Además, no puedo quedarme aquí. Anda, vamos...” “No iré, no iré”, protestaba la pequeña. Entonces Pedro tiró de su mano y Niebla la empujó...



115.—... con el hocico. El Viejo de los Alpes, desde lejos, les miraba preocupado, imaginando lo ocurrido. Por su parte el perro, con delicadeza exquisita poco propia de sus habituales rudezas, intentaba demostrar a la niña toda su comprensión. Por fin, a fuerza...



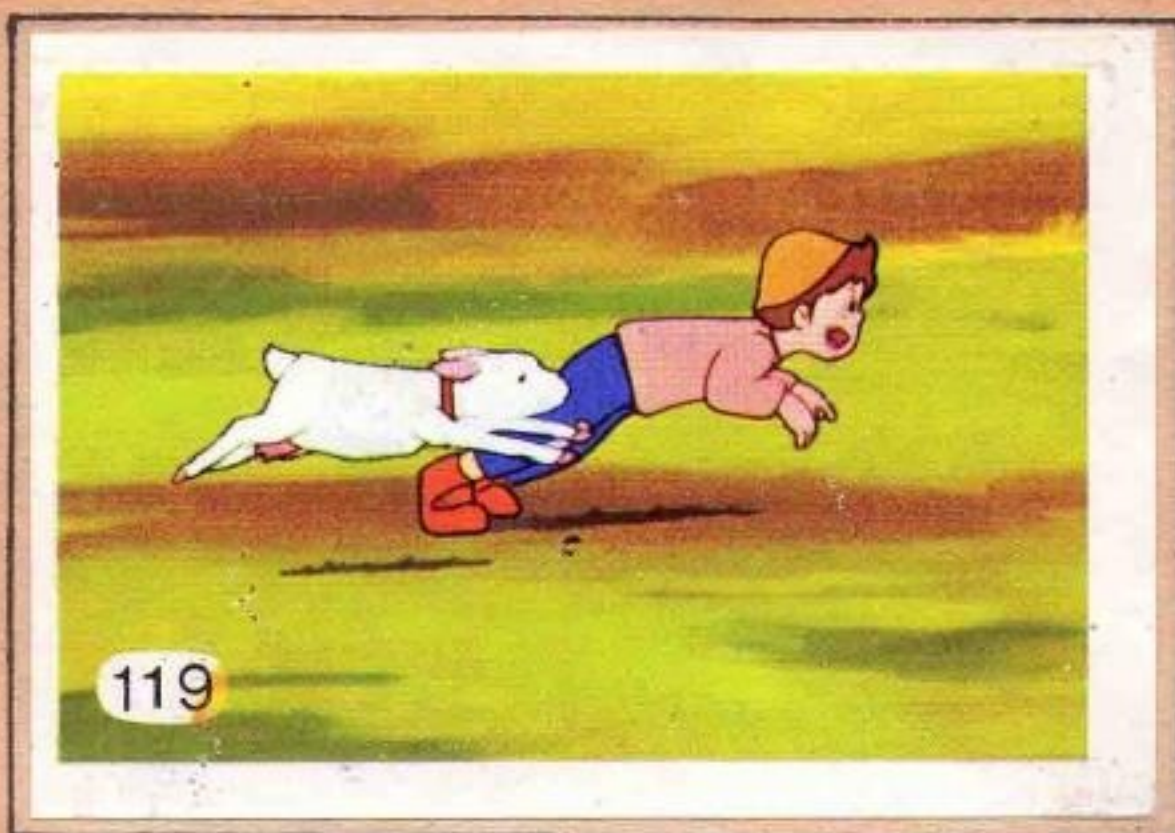
116.—... de ruegos, el muchacho y el mastín, uno con palabra torpe pero llena de afecto, el otro con sus ladridos y carantoñas, hicieron que Heidi se pusiera en marcha. “No tenemos nada que reprocharnos —añadió Pedro—, diariamente hemos buscado las...”



117.—... hierbas que dan más leche. Si tuviera dinero, le compraría Copo de Nieve a la señora Straal”. Luego, para alegrar a su amiguita, el chico y el perro empezaron a saltar locos sobre la mullida alfombra de verdor que el otoño empezaba a dorar.



118.—Heidi empezó a mirarlos con el rabillo del ojo y luego acabó por unirse a sus juegos. Después de todo, Copo de Nieve todavía estaba allí y jugaba alegremente con ella. El alborotador de Niebla se esforzaba en hacerse el simpático y Pedro la animaba...



119.—... mucho. Pronto hacía cabriolas como la más loca de sus cabritas, riendo a carcajadas cuando el pastor y Copo de Nieve emprendieron una veloz carrera que dio con ambos en el suelo. Nunca en los pastos se había alborotado tanto.



120.—Hasta que de pronto Heidi cesó de reír, ganada nuevamente por la tristeza: "Así que la van a matar —susurró—. ¡Oh, no puedo soportarlo, no puedo!" El muchacho, sentado cerca, la miraba con aturdimiento. ¿Qué más podía hacer por Heidi?



121.—Copo de Nieve, mimosamente, puso el morro en el hombro de Heidi. "¿Quieres que te dé de comer, verdad? Vamos... aquí hay tanta hierba y tan olorosa... si lo hubiéramos sabido podíamos haber venido todos los días", le dijo con tristeza.



122.—Por entonces la tarde caía pronto y no tardaron en emprender el regreso. De camino la niña confió a su amigo: "Ya he decidido lo que voy a hacer: me quedaré con Copo de Nieve. Si, ella vivirá con Diana, Blanquita y Niebla en el establo del abuelo".



123.—"¡Pero no puedes hacer eso! —protestó el muchacho—. Si no devuelvo la oveja me reñirán mucho". Heidi, enfadada por momentos, gritó que a él no le importaba nada que mataran a Copo de Nieve. "No es eso, yo tampoco quiero que muera", aseguró el chico.



124.—El Viejo de los Alpes, que estaba cepillando la madera, oyó llegar al rebaño y salió un momento. Distinguió al grupo dirigiéndose hacia allí y, tranquilizado, volvió a su trabajo. Ni remotamente podía imaginar lo que planeaba Heidi.



125.—Mientras Pedro seguía ladera abajo, con el resto del rebaño, ella introdujo sigilosamente a Copo de Nieve en el establo, encargando a Diana y Blanquita que fueran amables con su nueva compañera. "Shhh... no alborotes y sé buena..."



126.—Pero el Viejo de los Alpes debió notar algo extraño en aquel atardecer. "¡Heidi! ¿Cómo es que Pedro no se ha detenido? ¿Qué pasa que Niebla no ha ladrado?" El perro levantó una oreja y el ojo correspondiente mirando a la niña con malicia. Ella replicó:



127.—"No pasa nada, abuelo... Tampoco es necesario que hoy les des sal a Diana y Blanquita porque han comido muy buena hierba". De pronto, con un balido alegre, Copo de Nieve salió de su escondite. "¿Qué es esto?", preguntó severamente el abuelo.



128.—Como todas las tardes, al entrar en la aldea, los dueños de las cabras acudían a recogerlas. El pobre Pedro empezó a temblar cuando se encontró frente a Straal. "¿Dónde está Copo de Nieve? ¿Es que la has perdido?" "Ah...er...yo...", tartamudeó el chico.



129.—"Si la has perdido, hablaré con todos los vecinos para que no te confíen el ganado". Pedro se angustió. Era el hombre de la casa y no había otros ingresos que los suyos. "Es que... está con Heidi..." "¿Quieres decir en la cabaña del Viejo de los Alpes?"



130.—Y mientras tanto, a la luz de la lámpara colgada del techo, el Viejo de los Alpes ordeñaba a una de las cabritas y Heidi cepillaba vigorosamente a Copo de Nieve. El Viejo, frunciendo las cejas, murmuró al rato: "Heidi, tendremos que devolver a Copo de Nieve".



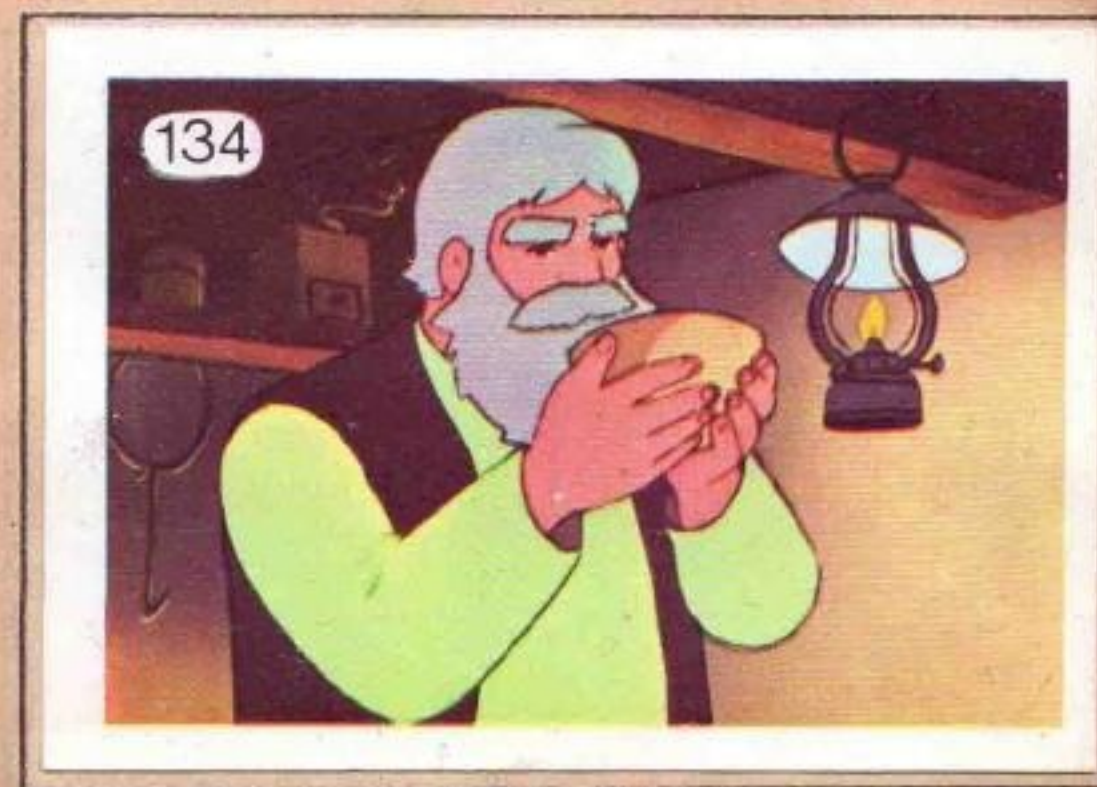
131.—“No hables ahora de eso —dijo la niña—. He pensado ordeñar a esta pobrecita... Puede que dé leche, pues hemos buscado la mejor hierba para ella. Iré en busca de un cazo”. “Heidi, Heidi”, protestó el abuelo, mostrándose gruñón.



132.—La pequeña regresó pronto y, con mano experta empezó a ordeñar a Copo de Nieve, como veía hacer diariamente al abuelo con Diana y Blanquita. Ella se dejaba hacer, porque la niña era su amiga y apreciaba los cuidados que la estaba prodigando.



133.—“¿Ves cómo sí da leche, abuelo? ¿Por qué entonces tienen que matar a Copo de Nieve?”, preguntaba la niña, fuera de sí. Después, llena ya la escudilla, bebió la leche y gritó de placer: “¡Es riquísima! ¡Es tan buena como la de Diana y Blanquita!”, gritó.



134.—“Déjamela probar”, dijo entonces el Viejo de los Alpes. Y, tomando la escudilla, bebió despacio, saboreando el líquido espumoso y blanco, todavía tibio. “En efecto, es tan buena como la de nuestras cabras, o mejor. Y dentro de poco dará bastante”.



135.—Heidi empezó a palmotear y bailar, brillándole los ojos de entusiasmo. “La, la, la... Si la leche es tan buena ya no matarán a Copo de Nieve”. El abuelo trató de rebajar su entusiasmo, pues si su dueño tenía decidido deshacerse de la cabrita...



136.—Por el camino, seguido de un Pedro atemorizado y contristado, subía Straal. Iba colérico, dispuesto a descargar su furor sobre la pequeña entrometida y, muy especialmente, sobre el Viejo de los Alpes. “¡Ahora verá ese Viejo solitario quién soy yo!”, decía.



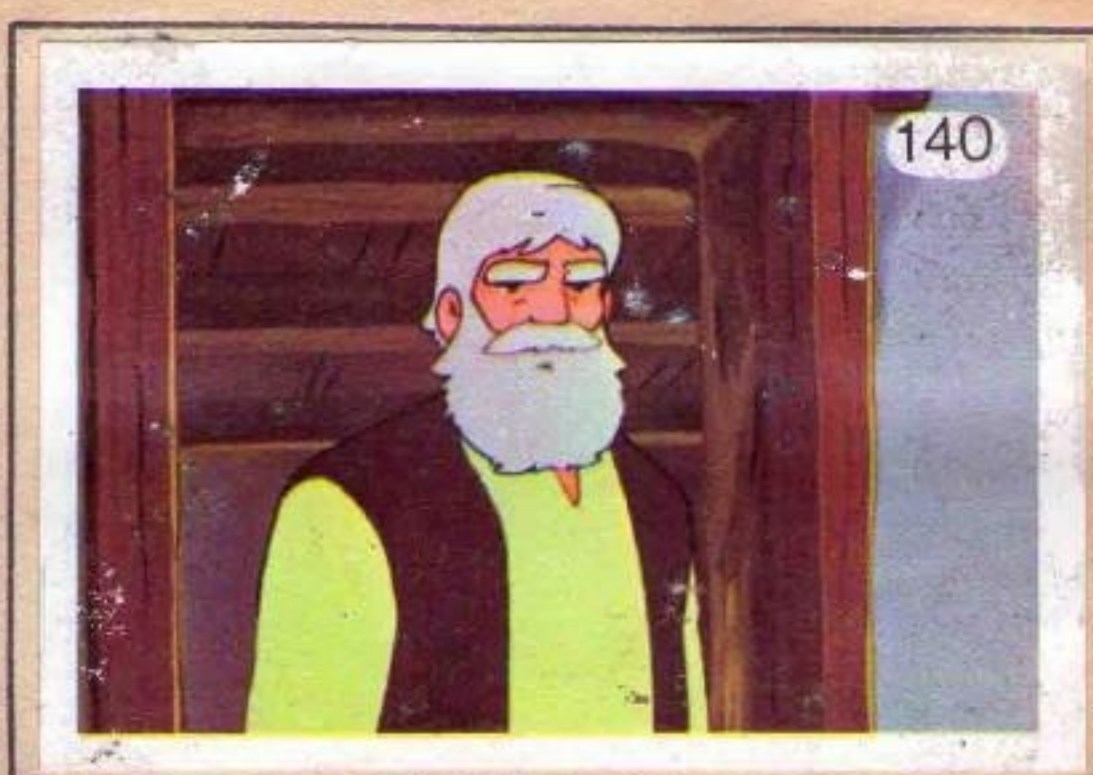
137.—Quizá la pequeña se temiese la intempestiva visita, porque no cesaba de vigilar la ladera, a través de la ventana. Y, de pronto descubrió al irritado Straal, con Pedro, muy encogido, a gran distancia. "Ya está ahí el dueño de Copo de Nieve".



138.—El abuelo tomó la manita de la niña y salió afuera de la cabaña, diciéndole: "No te preocupes, el Viejo de los Alpes hablará". Y se plantó ante la casa, con Heidi a su lado. Straal había empezado a dar voces, tratando de asustar a ambos. Pedro temblaba.



139.—"¡No le tengo miedo, Viejo de los Alpes! Aquí estoy y no le tengo miedo, aunque todos los aldeanos dicen que parece un ladrón y le tengan miedo. Pero yo no: yo no soy como ellos. Y va usted a devolverme mi cabra por las buenas o por las malas".



140.—El dueño de la cabaña de la montaña, sin enojarse ni levantar apenas la voz, dijo: "Pasa, Straal, y siéntate un momento. Después podremos charlar tranquilamente". Era tanto el dominio que se desprendía del Viejo, que el colérico aldeano obedeció sugestionado.



141.—Sentados frente a frente, Straal se recobró un poco para decir: "No tengo nada que hablar con usted. Devuélvame mi cabra y habremos terminado". Pedro, asustado, observaba el resultado de la entrevista. Temía tanto quedarse sin su puesto de pastor...



142.—"Te llevarás tu cabra cuando lo desees, Straal, pero antes querría pedirte un favor. Permite que Heidi ordeñe tu cabra. Yo te pagaré la leche y después podrás llevarte a Copo de Nieve. Al oír aquello, valiente como la que más, Heidi entró y...



143.—...tomó de la mano al colérico campesino. "Venga, por favor, venga..." Sin más, llevó a Straal al establo y se puso a ordeñar la cabrita con mano segura, contemplada por los dos hombres y Pedro, que asomaba tímidamente la cabeza.



144.—En cuanto tuvo la escudilla llena, Heidi, valiente, se la dio al dueño de Copo de Nieve. "¿Quiere beber, por favor?" El hombre tomó la escudilla y, todavía desconfiado, la llevó a sus labios. Los niños, y más allá el Viejo, esperaban con anhelo.



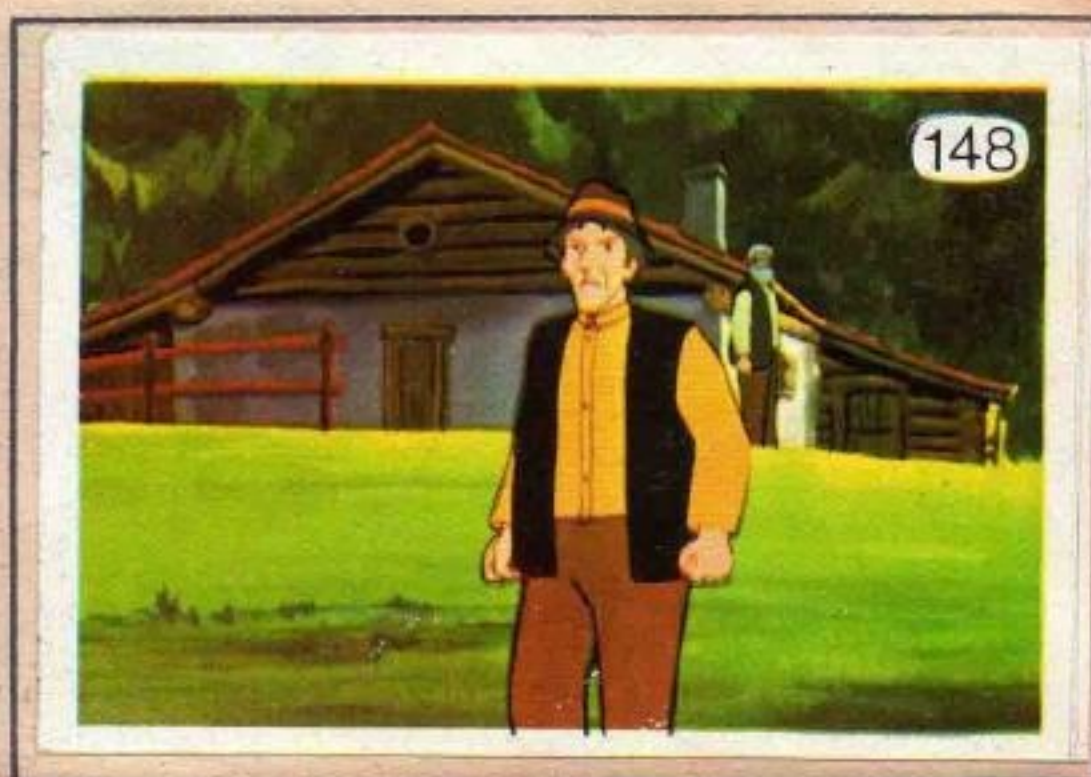
145.—"Yo no quiero que mate a Copo de Nieve —dijo entonces la niña—. Le hemos estado dando de la mejor hierba durante todo el verano y ahora da una leche tan buena como la mejor. Y dice el Viejo de los Alpes que pronto dará más. ¿Verdad que es una buena leche?"



146.—El campesino dudaba. No quería darle la razón al Viejo de los Alpes y a la niña, pero por otra parte... Si, estaban en lo cierto: la leche era muy buena y, matando a Copo de Nieve, perdería unos bonitos ingresos...



147.—"Has ganado, pequeña —concedió por fin—. No mataré a Copo de Nieve, ya que tiene en Pedro y en ti unos pastores de primera..." No pudo terminar de hablar. Heidi, loca de entusiasmo, saltó sobre él. El tosco campesino, a su pesar, se sintió emocionado.



148.—"Yo... no sabía que Copo de Nieve diera tan buena leche", dijo al fin, para justificarse. Tendréis que seguir cuidando de mi cabrita, muchachos... Y usted, Viejo de los Alpes, olvide cuanto le he dicho". "Olvidado está, Straal", dijo noblemente el Viejo.



149.—Todavía, antes de marcharse, el aldeano acarició la cabeza de Heidi, cosa extraña en un hombre tan tosco y malhumorado. "Gracias por haber cuidado tan bien de Copo de Nieve", le dijo. El Viejo, con la mirada dulcificada, contemplaba a la pequeña.



150.—Quizá se estaba diciendo que poseía el don de atraerse a las personas, a los animales, a todos los seres vivos. A partir de entonces, Pedro y Heidi, con Niebla y el rebaño, subían diariamente a los pastos, sintiéndose inmensamente dichosos.



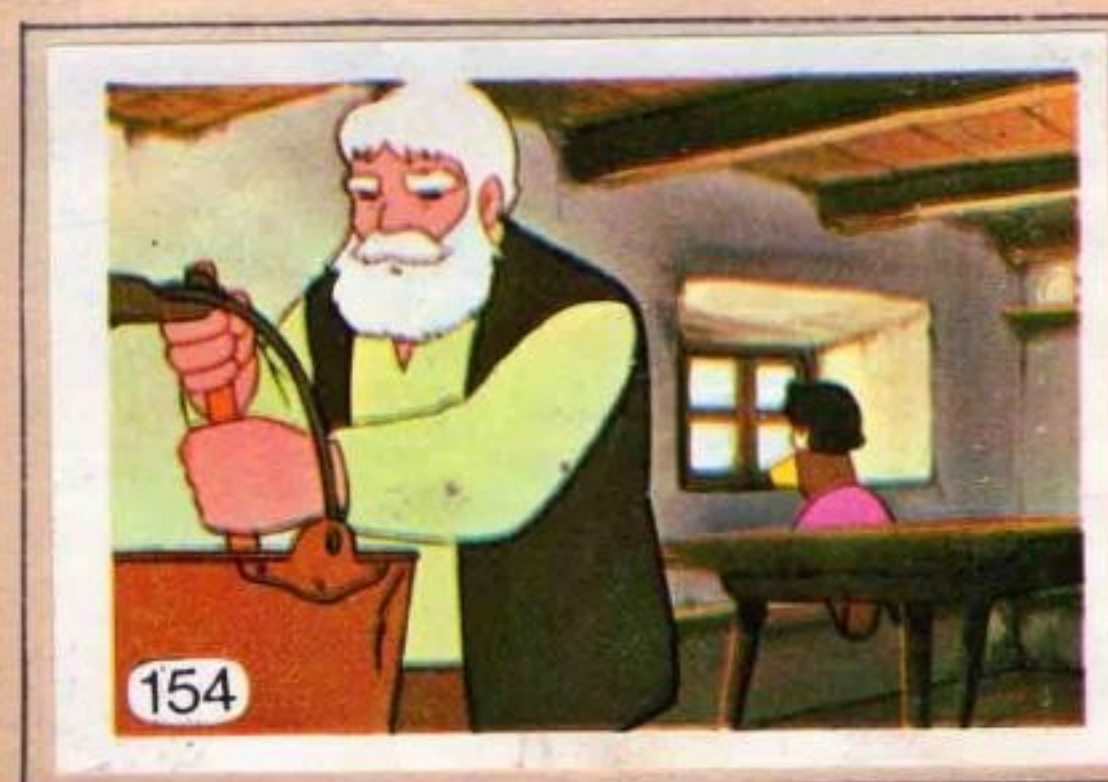
151.—El invierno en los Alpes es terriblemente crudo. Día tras día no cesa de nevar y un manto uniforme lo cubre todo. La cabaña del Viejo de los Alpes, aquel mes de diciembre, casi desaparecía bajo su helada carga blanca.



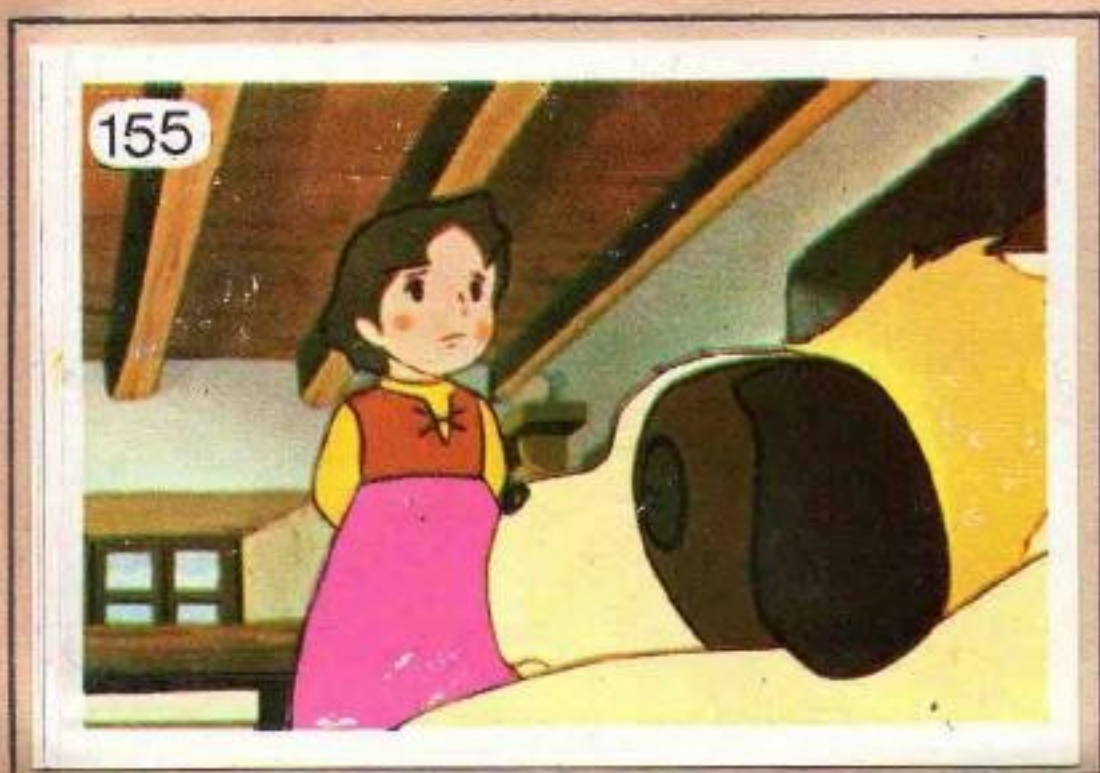
152.—Era el primer invierno que Heidi pasaba allí y el abuelo, preocupado, se preguntaba cómo lo soportaría la pequeña. Ella solía limpiar de hielo el cristal de la ventana y miraba con nostalgia al exterior, tratando de descubrir a los habitantes...



153.—... del bosque. Ciertamente que a veces salían. Cosa rara, el abuelo consintió en ir a Dörfli y arreglar el tejado de la cabaña de la vieja Grannie, la hilandera ciega, abuela de Pedro, que de otro modo mal hubiera soportado los grandes fríos.



154.—Había amanecido un día particularmente crudo y mientras el abuelo manipulaba en el hogar, Heidi preguntó: "¿Cuándo parará de nevar, abuelo?". El replicó: "Pregúntaselo a la nieve, hija mía, que debe saberlo".



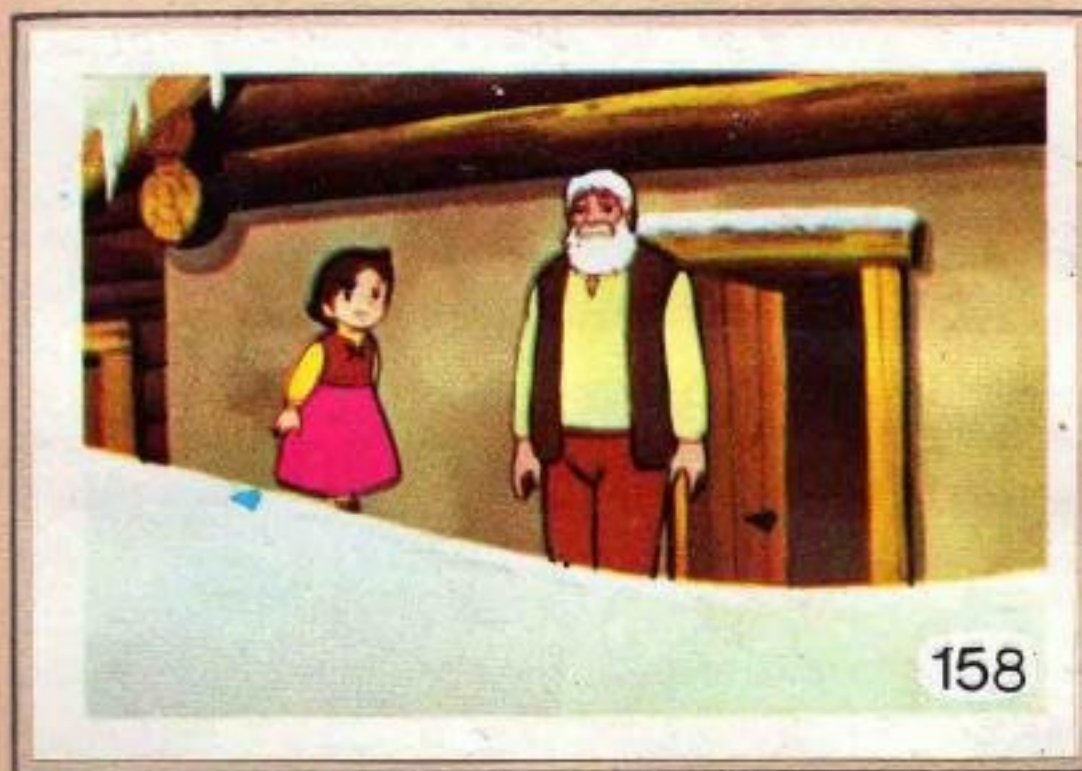
155.—“¿Tú has hablado alguna vez con la nieve?”, preguntó ella, confundida. “Algunas veces sí, pero nunca me ha respondido”. Heidi, disgustada, dijo que a ella tampoco le contestaba la nieve. Si pudiera dedicarse a dormir, como Niebla...



156.—De pronto, a través del cristal, Heidi descubrió un conejito lanzado a la carrera y gritó alborozada, viéndole esconderse junto a un abeto: “Abuelo, tenemos un invitado debajo del árbol. ¡Pobrecito! ¿Puedo llevarle algo de comida?”



157.—“Si, siempre que vayas y vuelvas sin entretenerte en el camino”. Heidi se dirigió al establo en busca de heno y desde fuera dijo: “Abuelo, ha dejado de nevar. ¿Podría ir a visitar a Grannie?” El Viejo de los Alpes, en silencio, salió de la cabaña y escudriñó el cielo.



158.—Estuvo pensativo durante unos momentos y luego movió la cabeza. “No, Heidi, no es conveniente que vayas ahora. Va a nevar mucho”. “¡Pero ha salido el sol”, porfió ella. “Este sol durará muy poco, pequeña. Se avecina una gran nevada”.



159.—La niña volvió la atención al conejito entrevistado, pensando que no debía tener comida. Tomó una brazada de heno del establo y atravesó el claro a buen paso, para no dejarse abatir por el frío. El Viejo de los Alpes pensaba que era valiente y fuerte.



160.—Heidi se alegró mucho de haber llegado hasta allí cuando descubrió que el conejito no estaba solo, sino con toda su familia. Sin pensar en escapar, empezaron a dar buena cuenta del heno. A veces levantaban hasta ella sus húmedos ojitos, en señal...



161.- de reconocimiento. Un estampido conmovió el bosque y a la niña se le escapó un chillido. Los conejos por su parte...



162.- huyeron. Heidi a su vez buscó protección tras un abeto, donde llegó a refugiarse un cervatillo que huía de los perros...



163.- Pobrecito! exclamó la pequeña y se colocó valiente entre él y los perros aullantes: Atrás! exigió sin miedo.



164.- Tenía los ojos chispeantes y las mejillas encendidas, dispuesta a defender al débil cervatillo.



165.- Atrás! Atrás! exigía siempre Heidi. Sin duda el cervatillo había sabido valorar la acción de su defensora porque la...



166.- acarició mimosamente con el hocico. Las fuertes voces de los cazadores les hicieron temer. Apártate muchacha!...



167.- ese cervatillo es nuestro!. No me apartaré! no tienen derecho a matarlo! y se abrazó al cervatillo.



168.- Aparta! voy a disparar, dijo el cazador. En ese momento llegó Pedro, que viendo al cazador, levantó su mano...



169.- y desvió el arma. El tiro se perdió alto y lejos. Heidi gritó espantada y Joseph ladró con fiereza.



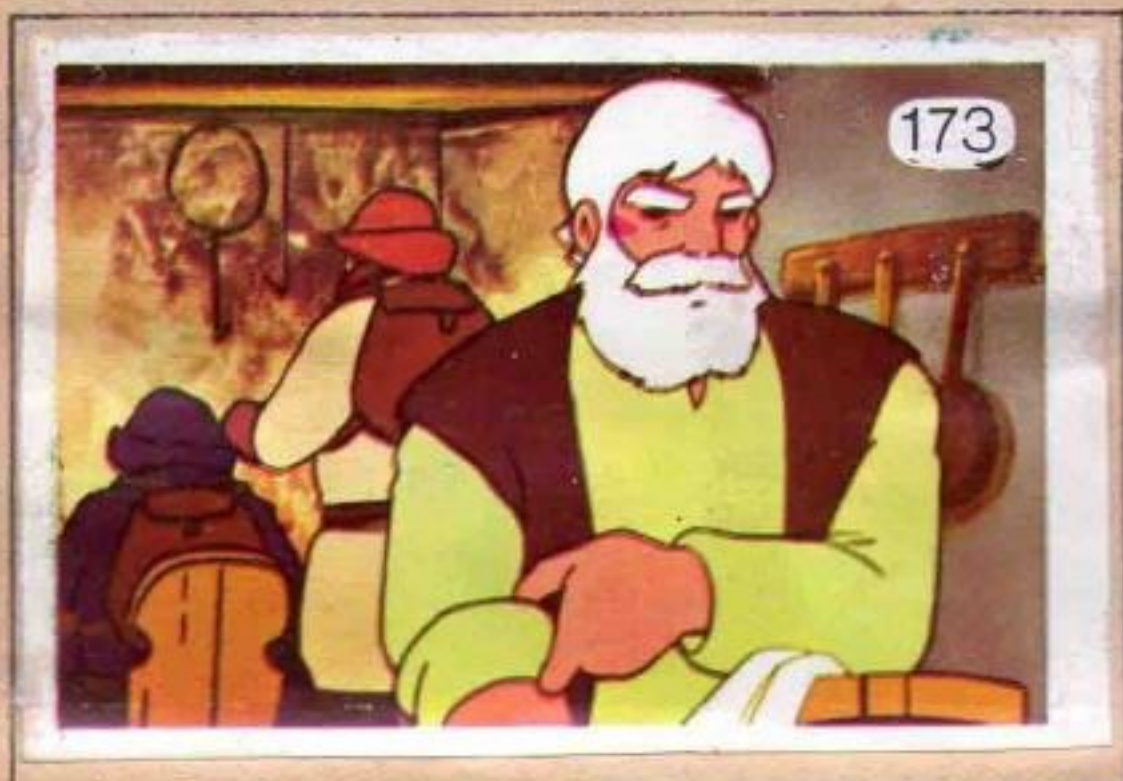
170.- ¡Corre cervatillo, corre! estás salvado, gritó Pedro. "Por su culpa perdimos la pieza" rezongaron los cazadores.



171.- Pedro, propuso, vamos a casa y molesto dijo a Heidi: "Esos cazadores me pagan por guiarles en la montaña".



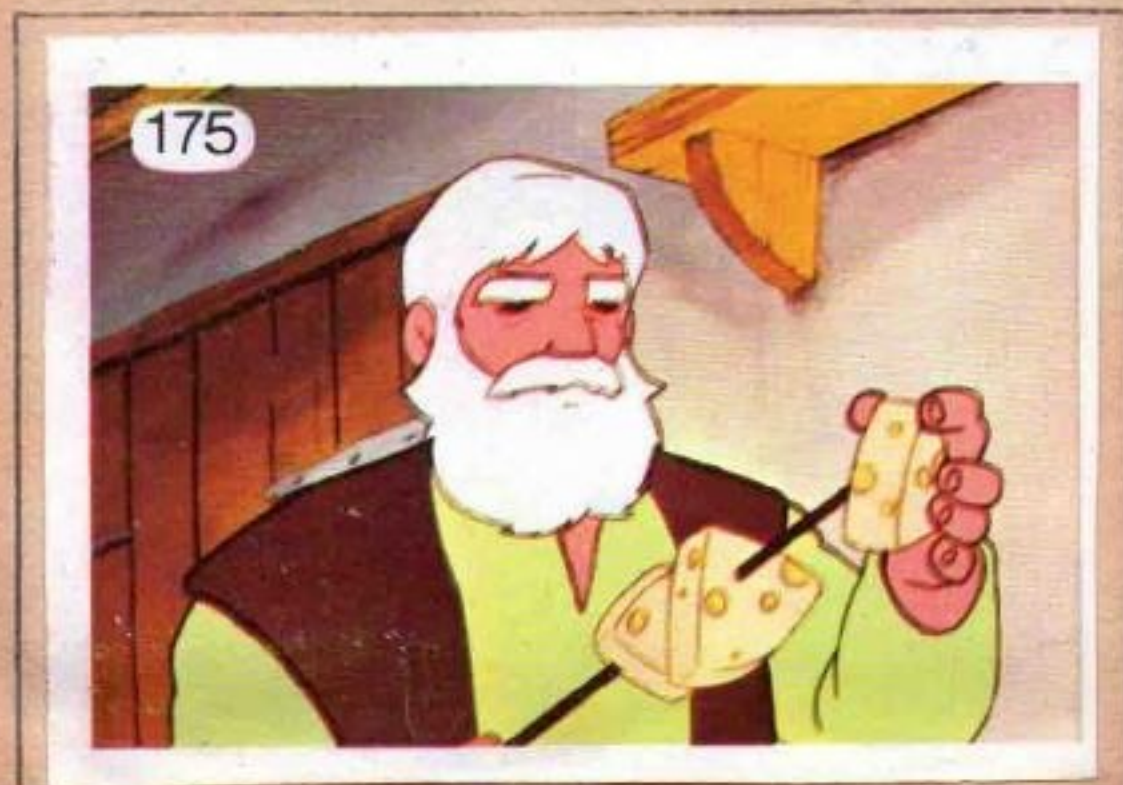
172.- El tío Alp se volvió sorprendido cuando vio a dos cazadores entrar en la cabaña. ¿Podemos pasar a...



173.- calentarnos, buen hombre? preguntó uno. Pasen, dijo lacónicamente el Viejo y se dispuso a preparar el almuerzo.



174.- Los cazadores se calentaban junto a la fogata y no dejaban de mirar los preparativos del Viejo, que calentaba...



175.- un trozo de queso atravesado en un fierro. "Supongo que habrá queso para nosotros?" preguntó...



176.- un forastero. "Lo siento pero no sobra" replicó el tío Alp, con semblante tan hosco que a Heidi le dio vergüenza.



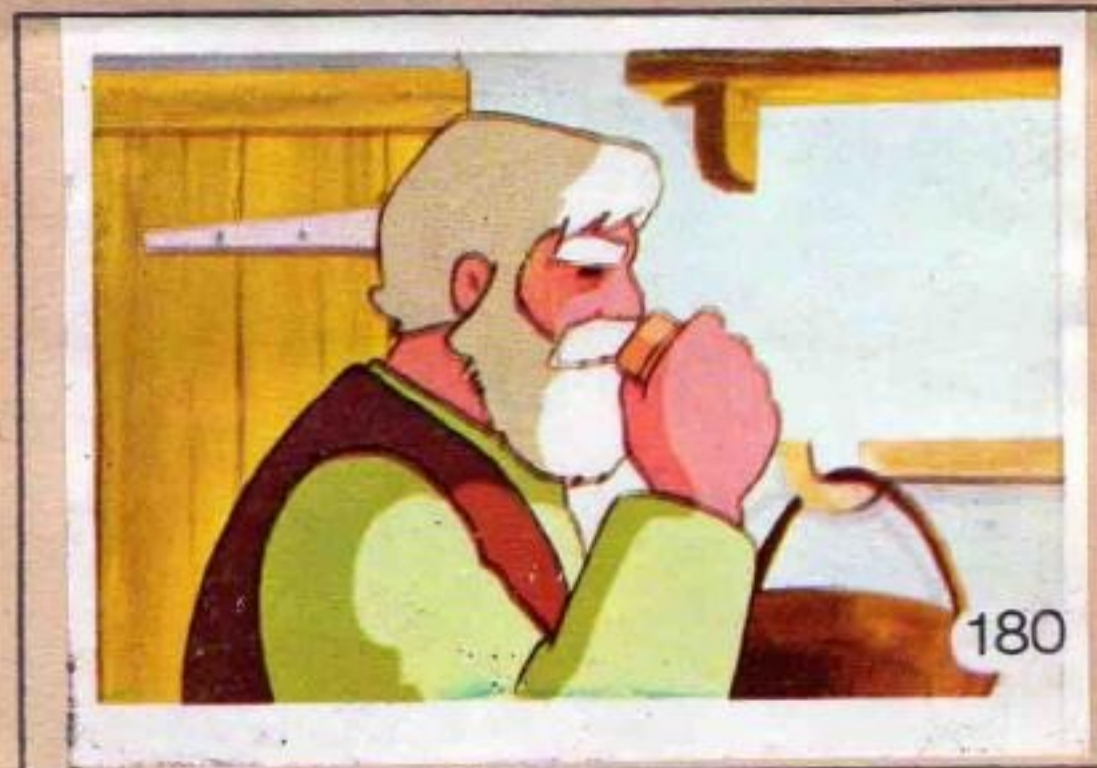
177.- "Su queso y su leche deben ser para nosotros. Se la pagaremos". No quedará mi familia sin comer, retírense!...



178.- "debe ser verdad lo que dicen en la aldea" murmuraron "es un campesino insolente y loco" Vámonos!.



179.- ¡No se vayan! Va a haber una tormenta de nieve! gritó Heidi y tú qué sabes niña? Hemos venido a cazar.



180.- Dinos niño, seguro que hay animales en la montaña con grandes cuernos? Sí, hay muchos replicó Pedro.



181.- Antes de marcharse los hombres preguntaron al Viejo si era verdad lo de la próxima nevada.



182.- Heidi ya había visto tormentas de nieve y corrió tras ellos diciéndoles "Por favor no os quedéis en la montaña"...



183.- id por el camino de la derecha hacia el pueblo" a lo que ellos respondieron "Embusteros!".



184.- Los perros se pusieron en marcha tras ellos. Heidi regresó a la cabaña con ánimo triste.



185.- Los cazadores descubrieron un hermoso ciervo y se dispusieron a cazarlo, alejándose de lugares habitados.



186.- El animal, un macho cabrío, eludía los disparos hábilmente. Mira! dijo de pronto uno de ellos...



187.- Se está nublando!... y ha empezado a nevar! replicó el otro. Apresurémonos, el pueblo está por allí...



188.- La nevada en unos minutos había oscurecido el cielo, convirtiendo el día en noche...



189.- En la cabaña habían encendido la lámpara que colgaba del techo. Heidi miraba la nieve desde la ventana...



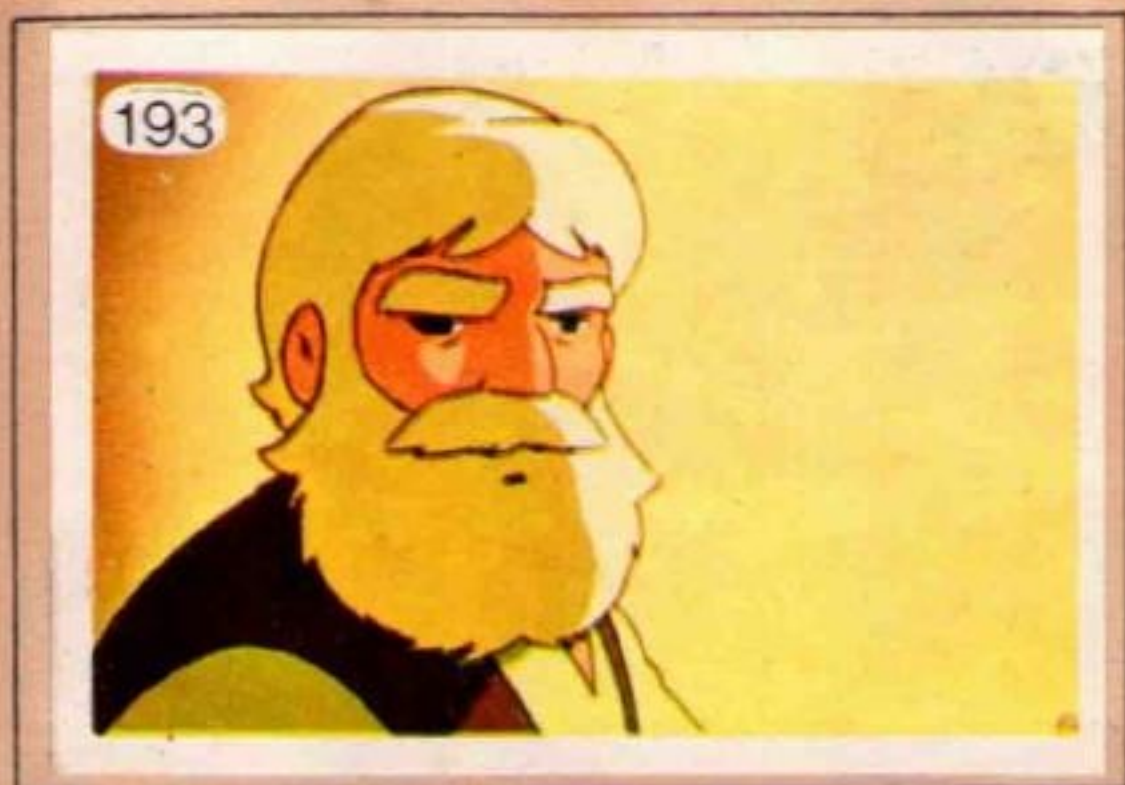
190.- ¿Dónde estarán los cazadores? preguntó por fin, no llevaban la dirección de la aldea.



191.- Seguro que la tormenta los ha sorprendido en la montaña! ya se arreglarán solos respondió Pedro.



192.- Heidi había oído historias de gentes que se habrían perdido en la montaña. ¿Abuelo no podrías hacer algo?...
193.- El tío Alp miró a la pequeña, tenía una mirada que no le conocía y luego murmuró "Iré en su busca".



193.- EL tio Alp miró a la pequeña, tenía una mirada que ella no le conocía y luego murmuró "¿ire en su busca?"



194.- El viejo y la niña se miraron mudos los dos, se puso su vieja zamarra, gorra de lana y preparó el trineo...



195.- mantas y bebida y llamó a Niebla que estaba dormitando junto a Diana y Blanquita.



196.- Viéndole perderse en la noche nevada, con Joseph a la zaga dijo Heidi ¿Ves como es bueno?...



197.- ¿Oh sí que es bueno! dijo Pedro. A través de la ventisca el hombre y el perro avanzaban con esfuerzo.



198.- Incluso dentro de la cabaña se sentía el viento glacial. Pedro buscó una gran bola de nieve para fundir en el fuego.

ALBUM **HEIDI**

Nombre Auan
Rios Chigano

Direccion Juan Vicuña
1441 casa 5
Ciudad Stgo

Carnet 2 de —
ARTECROM



199.- Mientras caminaba al azar el Abuelo no dejaba de dar voces llamando a los cazadores...



200.- De pronto Niebla se detuvo y ladró escarbando en la nieve, y dejó a la vista uno de los rifles de caza.



201.- En aquel tiempo Heidi había ordeñado las cabritas y tenía buen fuego, leche y agua calentita...



202.- Los cazadores se hallaban en una situación desesperada. De pronto, ladridos de dos direcciones se cruzaron...



203.- ¡Gracias al cielo! exclamó el abuelo al descubrir el bulto formado por los cazadores ¡Vamos síganme!



204.- Uno respondió y el otro con dificultad murmuró ó dormir. Tuvo que envolver al inconsciente y atarlo al trineo. Pensó en Heidi y se sintió...

Deberá conservar este cupón adherido al álbum para poder cobrar su premio. Las listas del sorteo serán exhibidas en los negocios que nos distribuyen y a los favorecidos se les avisará por telegrama.



206.—¡Qué penoso estaba resultando el salvamento! El pobre Niebla apenas podía con su carga en los repechos y el Viejo de los Alpes se tambaleaba. Respirando trabajosamente, se quitaba la nieve de los ojos. De pronto resbaló con su carga y, en el último instante...



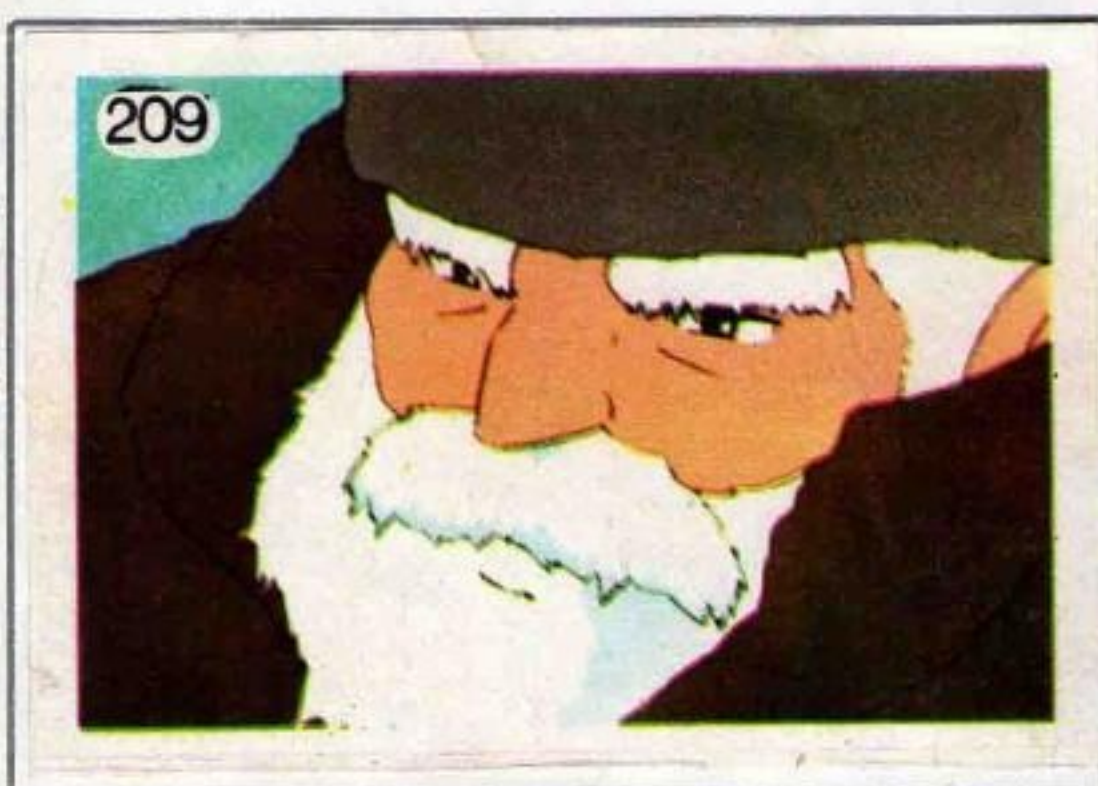
205.—...un gigante. Allá en la cabaña, la niña se quedaba a ratos dormida, pero pronto despertaba sobresaltada e interrogaba al chico con anhelo. ¿Faltaba mucho para el regreso al abuelo? Porque él volvería... tenía que volver...



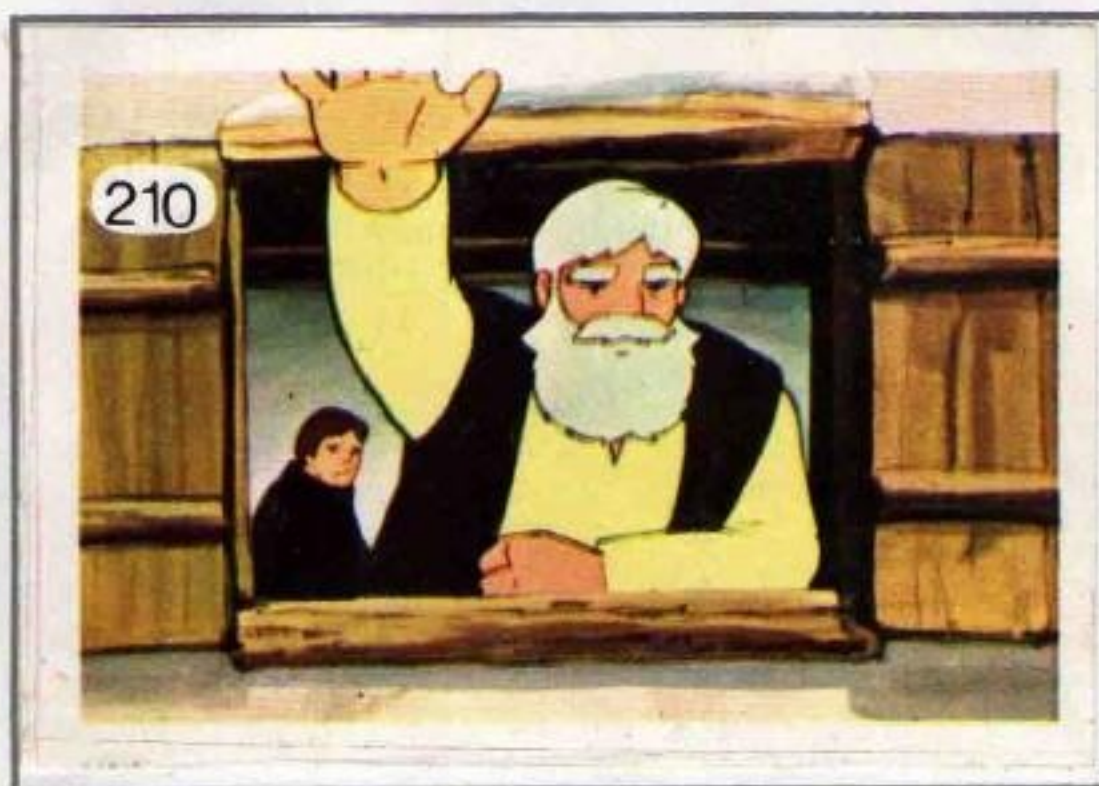
207.—...se aferró a un abeto... Heidi se incorporó de pronto y, gritando, salió de la cabaña. "¡He sentido ladrar a Niebla! ¡Ya está aquí el abuelo!" Y estaba en lo cierto. Los expedicionarios llegaban; Heidi se tiró hacia el Viejo, los brazos abiertos...



208.—Se tiró con tanto ímpetu que le derribó al suelo, junto con su carga, mientras reía y lloraba a un tiempo, diciendo palabras confusas salidas del fondo del alma, palabras mal articuladas que Pedro no entendía por completo.



209.—Para el tío Alp debían estar impregnadas de claridad, porque miró a la niña con una tierna luz en los ojos, como nunca quizá, la había mirado. En aquel instante los dos se comprendían; los dos se enorgullecían del otro.



210.—Vinieron más días. Pasó la tormenta y Heidi pudo salir con su amigo a recorrer la montaña en trineo. El Viejo salió a verles marchar y los cazadores, que se reponían en la cabaña comprendieron toda la nobleza de aquellos solitarios de la montaña.



**Esta linda casa tipo Heidi, puede ser tuya,
coleccionando este álbum.... ¡Complétalo y
participa en el GRAN SORTEO NACIONAL !.**

Edita y Distribuye **ARTECROM**
San Diego 941 Casilla 7608-Santiago.